

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 837.

SUMARIO

Los sucesos de Oriente; grabado. — **Los restos de Jacob.** — **La fiesta de los Reyes;** grabado. — **La estatua de Carlos XII en Estokolmo;** grabado. — **Revista de Paris.** — **La bella Fornarina.** — **El palacio Basilewski en Paris;** grabado. — **Reparto de leña en Tolon la vispera de Navidad;** grabado. — **El Voluntario;** grabados. — **Debe y haber,** novela escrita en aleman por **Gustavo Freitag.** — **Los indios de los Estados Unidos;** grabados. — **El barre-nieve;** grabado. — **Manuela,** novela original por **Eugenio Diaz.** — **El cultivo de la viña en Francia;** grabados. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Los sucesos de Oriente.

El hecho ocurrido en Syra está haciendo en Europa demasiado ruido, para que no publiquemos aquí ese episodio de la insurreccion cretense, con un dibujo que representa al *Enosis* entrando en el puerto de Syra.

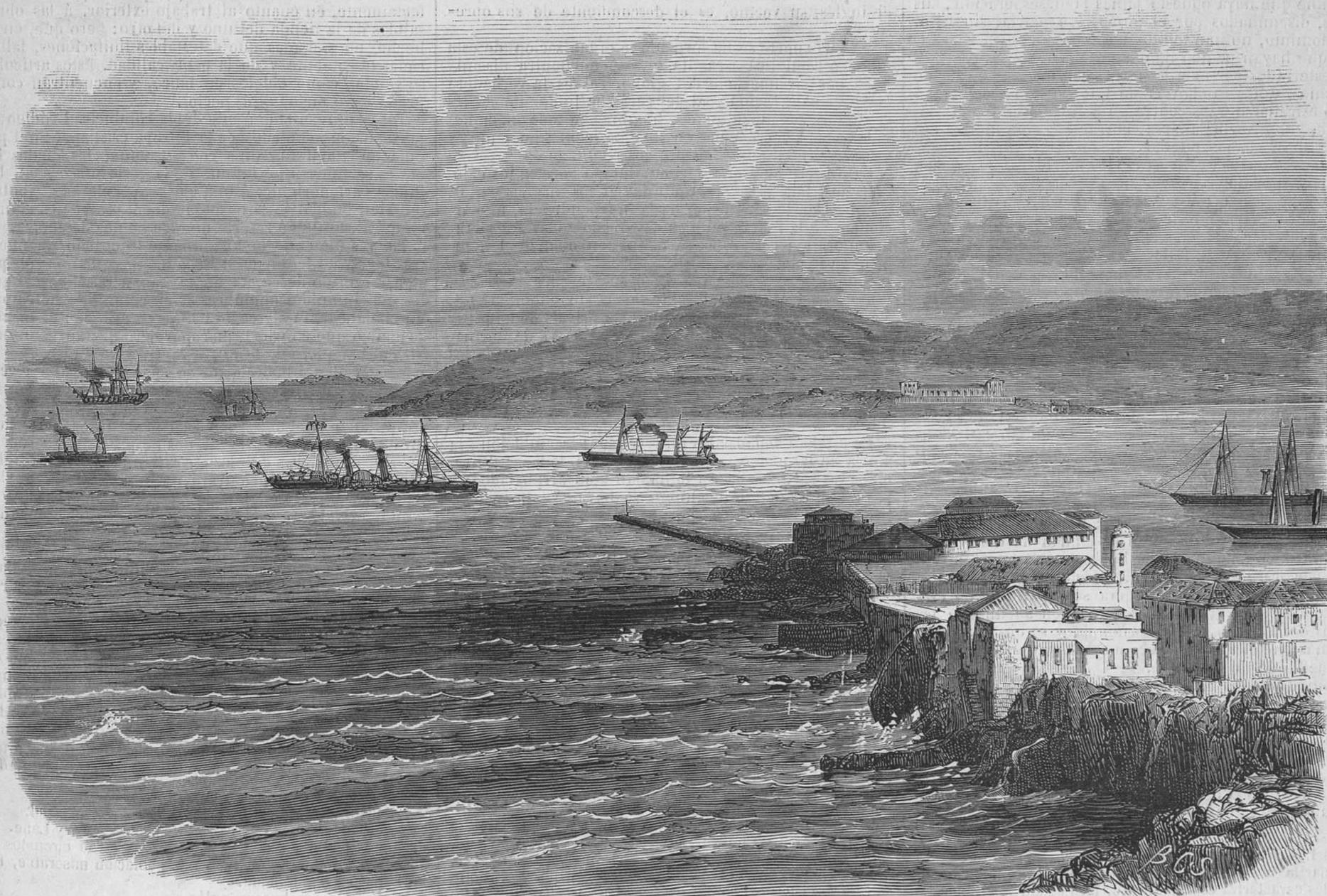
El lunes 14 á las ocho de la mañana, se oyeron cañonazos en alta mar, y al punto los habitantes de Syra corrieron al muelle, y presenciaron los hechos que cuenta de este modo nuestro corresponsal, autor del dibujo.

El *Enosis*, que venia de llevar á Creta mil voluntarios

mandados por Petropoulaki, iba á entrar en el puerto de Syra, cuando al doblar la punta Sur de la isla distinguió á corta distancia una fragata y un aviso turcos que trataron de atajarle el paso.

El comandante Courmelis quiso escapar, porque toda resistencia era imposible, y entonces los turcos rompieron el fuego, sin ningun mal resultado para el buque atacado, el cual viéndose amenazado seriamente, respondió con una precision que demuestra con cuánta sangre fria se ejecutó este acto de legítima defensa.

La fragata turca recibió tres balazos que la causaron averías graves, y el aviso comprendió que era prudente cesar la persecucion de un enemigo tan resuelto: los



SUCESOS DE GRECIA. — El vapor *Enosis* entrando en el puerto de Syra despues de la accion con la fragata turca.

agresores se detuvieron pues, dando así libre paso al *Enosis*. Desembarazado de este enemigo le fué fácil al buque griego librarse de la fragata turca, menos rápida que él, y pocos instantes despues el *Enosis* entraba en el puerto á las aclamaciones de una inmensa muchedumbre.

El *Enosis* habia fondeado ya en un sitio donde habria sido difícil apoderarse de él impunemente; pero no todo estaba concluido y la alegría del pueblo se turbó un momento con la llegada al puerto de dos buques turcos que vinieron á bloquear al *Enosis*. Nuestro dibujo representa la llegada de estos dos buques turcos y del *Enosis*.

Sabido es que cuando esto tenia lugar ya estaban rotas las relaciones entre Turquía y Grecia; pero este asunto, sobre el cual no hacemos comentarios ni reflexiones, porque están mas en su lugar en la *Parte política* del CORREO.

P. D.

Los restos de Jacob.

La existencia de la raza judía es el portento mayor de la historia. Todo cambia en este mundo, todo se asemeja, todo se altera, todo se confunde. Los pueblos mueren lo mismo que sus reyes; tienen su vejez y su decrepitud, su tumba y su regeneración bajo diversas formas. Solo una tribu del desierto, en medio de esta metempsicosis de las naciones y de los imperios, resiste á los siglos, y no tiene ni infancia, ni madurez, ni decadencia. Vive siempre, y parece que el anatema lanzado sobre el Judío errante se desploma sobre su nación, que vive maldecida é inmortal.

Se han acosado y sucedido como las olas del mar, revoluciones sobre revoluciones y dinastías sobre dinastías. La conquista ha dejado impresos sus surcos sobre el globo y ha borrado los límites de los antiguos imperios. Han desaparecido las naciones que han sujetado á Judá, y hasta su recuerdo es un problema. Ved ahí á Ménfis, de la que solo nos resta el nombre; Nínive, que no tiene una piedra siquiera; Babilonia, cuyo sitio indica tan solo un monton de mármoles destruidos; Shushan, á la que busca en vano el anticuario; ved ahí á la misma Jerusalem, que muere de la peste, en medio de su llanura de sal y de sus cuevas de arena y granito; vedlos ahí á todos esos perseguidores de Judá, los unos próximos á exhalar el postrer aliento, y los otros tendidos por el suelo como cadáveres. Entre tanto Judá existe y se sustrae á esta ley de variación y de muerte que domina al mundo.

Ya hace cerca de dos mil años, que el águila de Roma, estrechando á Jerusalem entre sus garras, derribando su templo, diezmando su pueblo, la trató como tratara antes á Cartago; y despues de la resistencia mas sublime que haya opuesto jamás la desesperación, sus hijos, diseminados por el globo, sin patria, sin asilo, sin dominio, no han tenido desde entonces un solo lugar que hayan podido llamar propio.

Desterrados por toda la tierra, han asistido, á fuer de extraños, á las mudanzas de que ha sido teatro; han visto estrellarse unos contra otros los ejércitos del Mediodía y del Norte; aliarse, borrarse y confundirse las costumbres de los pueblos; llegar á ser los romanos soldados del papa; convertirse los marineros de Lutecia en atenienses del Norte; abrirse y cerrarse á su vez el libro de la ciencia; á la Arabia trastornar la Europa, y á la Escandinavia cubrir todas las playas con sus guerreros; la destrucción, la ruina, la ambición, la superstición, la insensatez, la locura, la miseria, acumulando los lances de este drama, cambiando sus decoraciones, destruyendo sus planes, confundiendo sus grupos.

Y sin embargo, este aniquilamiento, esta reproducción, esta mezcla no han obrado sobre la raza israelita, sobre esta raza, que ha conservado su carácter bajo los trópicos y en Islandia, y que es idéntica en Polonia, en Siria, en Francia, en Alemania. Banquero de los reyes, traficante de vestidos, rabino de Pera, médico en Novogorod, el judío no es mas que una cosa, es judío.

Y mientras que las localidades determinan casi siempre, tanto las costumbres especiales como las variaciones del carácter; mientras que el inglés nacido en las Indias es indio por temperamento; mientras que el salvaje, trasladado desde niño á Europa, se acostumbra á las ideas y costumbres europeas; mientras que el niño de raza escocesa adquiere en la ciudad de Londres la pronunciación común á sus habitantes, y no se olvida de decir *very* por *very* (1) *Wellington* por *Wellington*; únicamente el israelita conserva su identidad, no está sujeto á ningún influjo, nos ofrece en su miseria los restos del antiguo mundo oriental, y se obstina en no ser mas que él mismo. Reconocéis fácilmente al judío en medio de una reunión.

Tomad vuestro lente, id al teatro, volved al revés, si queréis, el instrumento de óptica; sea que el vidrio disminuya ó aumente los objetos, conoceréis fácilmente, entre todos los espectadores, los rasgos de la fisonomía judía; y aunque no haya mas que un solo israelita entre mil y quinientos ingleses, direis al momento: ¡hélo aquí, es él!

Quiero averiguar la causa de este fenómeno, de esta

(1) Los *cockneys* ó bodeques de Londres acostumbran pronunciar la W como V, y al contrario. Esta pronunciación, que les caracteriza especialmente, ha llegado á ser uno de los lugares comunes de la comedia inglesa.

maravilla sin ejemplo. ¿Pero de qué modo? No consiste el signo que os revela, que os anuncia una fisonomía israelita, ni en la forma del rostro, ni en el modo de andar, ni en el color de su tez, ni en la elevación ó pequenez de su estatura. Tampoco podreis distinguirlo y aislarle de los demás por las prendas morales.

He conocido individuos de esta casta tan distintos entre sí como pueden serlo dos hombres; he visto entre ellos, como entre todos los demás hombres, la probidad, la maldad, la gracia, la rudeza, el talento, la necedad, el número, la ambición, la prodigalidad, la vigilancia, la fuerza, la debilidad de alma. Y aun en esta misma variedad subsistía el rasgo genérico; ¿pero en qué consiste este?

Este rasgo es el *aislamiento*: es no sé qué señal indeleble, resultado de una proscripción de veinte siglos. Vese en el judío alguna cosa que os dice: «Yo no soy de los vuestros.» Vicioso ú honrado, conserva siempre este carácter; las circunstancias en que se encuentra no borran jamás esta concentración, esta soledad del corazón y del espíritu, este sentimiento de una posición sin ejemplo en la historia, sin parentesco en medio de los pueblos, sin relación con los demás hombres; y debemos apreciar y aun admirar á esta raza, si no ha cometido todos los crímenes, si no ha sobrepujado en perversidad á todas las razas humanas.

Habia mas virtudes, mas valor en ella, que entre los romanos tan decantados. Sujeta á una persecución constante, debia quedar mas degradada que los gitanos, los ínfimos de los hombres, pero que no han sido el objeto de iguales rigores. Rechazados por las sociedades, por las leyes y las costumbres, considerados largo tiempo como condenados vivos, como objetos de la ira del cielo; quemados, atormentados, degollados, robados, cargados de ultrajes, no han perdido jamás ni toda la dignidad de carácter, ni toda la energía de alma; y en cambio de esta maldición, han conservado su lenguaje hebreo, su culto y su república dispersa. Semejante pueblo no merece ciertamente el menosprecio.

En cuanto al egoísmo que se le imputa, es necesario, para apreciar esta acusación, recordar que un israelita, en cualquier país donde se halle, no tiene patria; que ningún interés común le estrecha con los hombres con quienes trata. Ellos le han rechazado; ¿le tildareis porque se aisle de ellos? No teniendo patria, tampoco puede tener patriotismo. Es forzoso pues que se retire y se hunda, por decirlo así, en sí mismo.

Cualquiera inglés puede decir: *nuestra gloria, nuestro ejército, nuestro país, nuestra marina*. Este interés que da á los negocios públicos es tan poderoso, que ahoga á veces el particular; es el vínculo de las sociedades, es el pacto de la gran familia; pero semejante sentimiento no existe para el israelita. Le son extrañas nuestras leyes, nuestro gobierno, nuestras costumbres, nuestras instituciones, y no ve en todo eso mas que goces para nosotros y trabas para él.

El judío de Rusia ó de Polonia es su hermano; pero el inglés, su vecino, es el descendiente de sus opresores.

De esta suerte se ha formado la organización de esta dilatada república israelita que se encuentra diseminada por la superficie del globo. Tal es la verdadera clave, la explicación real del carácter judío. Poned los cristianos, los musulmanes, hombres de todas naciones y de todas las creencias en una posición semejante, y este aislamiento dará los propios resultados.

La proscripción que oprime, tiempo hace, á los católicos de Irlanda, empieza á producir los mismos frutos. La libertad, la convicción de la independencia, la conciencia de la fuerza pública favorecen todas las virtudes morales; pero estas se extinguen cuando el hombre se ve solo.

Entonces solo debe velar por sus propios intereses. ¿Qué sucederá pues si le tratáis como enemigo? ¿si, como se ha hecho con los judíos, le priváis de adquirir bienes patrimoniales, de fijarse en el país, de hermanarse con sus conciudadanos? En la mayor parte de los países de Europa, una horrible y bárbara política ha privado á esta casta del derecho de ciudadanía. Todas sus facultades intelectuales se han dirigido hácia un solo objeto, amontonar dinero.

Le estaban vedadas las otras sendas; la ambición, la gloria de las armas, el amor á la patria, la agricultura, todos los recursos en fin le habían sido arrebatados; y ¡os admiráis de que los judíos se hayan vuelto usureros, que se hayan aprovechado de las flaquezas humanas, que hayan procurado acumular especies, propiedad fácil de transmitir, cambiar y trasportar, y que pueden esperar sustraer á la rapacidad de los gobiernos que les oprimen!

Si pues la raza de Jacob, una de las mas enérgicas y poderosas que haya producido la humanidad, ha degenerado bajo la persecución que no ha dejado de abrumarla, la culpa está en nuestras instituciones cristianas. No existiendo contrato social para el judío, se ha visto en estado de hostilidad necesaria y permanente contra la sociedad. No ha tenido ningún interés en enriquecer, en herosear una patria que no era la suya; y tal vez ha pensado que robándola no haría mas que desagraviarse, dañar á sus enemigos, usar de represalias, recriminar contra la injusticia que le abrumaba.

El individuo á quien protegen las leyes y que las ultraja, no tiene disculpa que alegar en su favor; su falta es evidente; pero aquel á quien hieren con una sentencia injusta, parece estar autorizado para vengarse.

Ningún respeto humano le detiene, ningún vínculo le une á la comunidad; y así, cuanto mas poderosa es esta última, tanta mas astucia y habilidad debe emplear

para evitar sus golpes. De ahí esa finura en las transacciones, esa doblez que tanto se ha echado en cara á los judíos; de ahí esa insensibilidad de que se les acusa.

Que un hombre colocado en esta posición defraude al gobierno; que preste dinero sobre prendas; que arruine familias enteras con usuras exorbitantes; que recoja tesoros considerables y los conserve en su cartera, no hay de qué maravillarnos.

Tratado con una dureza cruel, se va desagraviando paulatinamente del mal que le hace la sociedad entera.

No hablo de la situación actual de los judíos, sino de su existencia en Europa y Asia, de mil años á esta parte; existencia harta dura, harta deplorable para no haberles impuesto este sello inefable, y no haber hecho de ellos lo que han sido durante todo este espacio de tiempo. Su estado empieza á cambiar en el día; y menos cruelmente perseguidos, se levantan en fin.

Pero no pueden repararse completamente las injusticias pasadas: esta población de chalanos, de revendedores, de traficantes de mala fe que han infestado la Europa, ha salido de la raza judía, pervertida por nuestro feroz fanatismo. Sería fácil demostrar que las faltas imputadas á esta desgraciada nación nada prueban contra ella; que las luces y virtudes que han conservado atestiguan su capacidad intelectual y moral.

Salid de los hermosos barrios de Londres, y dirigíos hácia Holywell-street (1), Monmouth-street, Rosemary-Lane (2), donde encontrareis una multitud de tiendas de prenderos, guarnecidas de vestidos viejos, de galones usados, de brocados y de oropel. Por lo regular, el propietario de estas tiendas, hombre de cara ancha y llena, de ojo negro y escudriñador, y de aire pensativo, está sentado enfrente de ellas: es el tal un judío.

Si siguiérais todo el curso de la vida de uno de estos hombres, que por lo común no carecen de talento, ni de actividad, ni de destreza, veríais con compasión y dolor á qué estado de vileza han reducido nuestras leyes á las clases inferiores de la raza israelita. Su casa es pequeña y estrecha, y el aire que respiran está lleno de miasmas mefíticos. Alquilar vestidos á esas desventuradas que pueblan nuestras calles, obligar á las criadas á robar algo á sus amos para venderlo, ocultar el fruto de los robos nocturnos, comprar su botín á los rateros, ved ahí el comercio habitual que les ocupa, y que les enriquece á veces.

Nada añaden á la masa de las riquezas nacionales: ni fabrican, ni se emplean en hacer manufacturas; aplican su destreza y su talento en chalanear, en imitar, contrahacer, en desfigurar los relojes, los vestidos, las alhajas que han comprado al décimo de su valor. A veces tienen fábricas subterráneas, en las cuales sus operarios, gente hábil en su género, pasan el tiempo remediando todos los objetos á los cuales da un mérito conocido, y asegura un valor ideal el nombre de un artesano célebre.

De allí salen todos esos fusiles de *Manton* (3), todos esos barómetros de *Earnsham* (4), que se parecen perfectamente, en cuanto al trabajo exterior, á las obras salidas de la tienda del uno y del otro; pero que, en el hecho, no son mas que detestables imitaciones, fabricadas toscamente y de la peor calidad. Estos artículos se venden como objetos de lance, y encuentran compradores, ó mejor diré, necios.

Tal es el resultado á que debia conducir el código de persecución adoptado por la Europa cristiana. Si el populacho israelita arruina con sus ganancias ilícitas las clases secundarias é ínfimas de la gerarquía social, los judíos pertenecientes á una clase mas elevada tributan también homenaje al mismo ídolo, al dinero: es el único móvil, el único resorte que les hemos dejado.

Por resultado de la abominable iniquidad de nuestras leyes, no le queda al israelita mas que una sola pasión y un solo deseo, el de la ganancia. Mientras que los mas humildes miembros de su comunión se ocupan en chalanear, él ejerce la usura en grande: el mismo principio que convierte en ropavejero al uno, es el móvil del banquero de nuestros reyes. Uno y otro, indiferentes al bien ó malestar de la sociedad en que viven, de que son víctimas y enemigos naturales, no piensan mas que en sacar partido de nuestras necesidades.

No tienen ninguna reciprocidad de interés con nosotros; ni nos aborrecen, ni nos desprecian; no son ni peores, ni mejores que los otros hombres. De dos siglos á esta parte no se encontrará un judío como el Shyloc de Shakespeare, persiguiendo á los cristianos con furor, y alimentando contra ellos el ardor de una venganza implacable.

El israelita nos mira únicamente como una materia que puede beneficiar, como un pueblo extraño, bajo cuya ley se doblega, y á quien puede engañar por represalias.

La perseverancia, la fuerza de espíritu que caracterizan á esta raza, y que constituyeron en otro tiempo su grandeza, aplicadas desde su caída al único objeto de atesorar, han logrado asegurarle en este género una preponderancia espantosa. Judá, desolada y miserable, ha reconquistado su cetro. Los anteojos de los reyes, las locuras de los gabinetes, las prodigalidades de los ministros, le han devuelto su poder. Se burla de los pueblos y de sus señores, y todos los gobiernos, abrumados

(1) Calle de Londres que desemboca en el *Striand*.

(2) Callejón situado cerca del teatro de *Drury-Lane*. La mayor parte de los teatros de Londres están circuidos de calles estrechas habitadas por una población miserable, famosa por su inmoralidad.

(3) Famoso arcabucero inglés.

(4) Célebre óptico.

de deudas, se han visto en la precision de acudir á la caja de Israel. Si un rey trata de poner en movimiento sus ejércitos, de ayudar á un monarca vecino á castigar á sus súbditos rebeldes, de edificarse un palacio, ó pagar generosamente á sus queridas; aquí está Judá, que le brinda con sus tesoros.

Nuestros judíos, que poco antes hacían á los señores jóvenes el favor de dilapidar su fortuna, desempeñan hoy día el mismo oficio con nuestros monarcas. Bastando apenas las onerosas contribuciones que paga el pueblo, para la conservacion y el lujo de las córtes, y como, por otra parte, no están las naciones para dejarse despojar de sus haberes como en tiempo del feudalismo y del vasallaje, el poder de los judíos, poder fundado en sus riquezas, va á mas por cada día.

En Inglaterra pueden los israelitas disponer de un enorme capital de ochocientos millones de libras esterlinas (1), y su renta sube á mas de cuarenta millones de esterlinas.

No puedo asegurar si su riqueza en el extranjero es proporcionada á esta opulencia agigantada; pero puedo afirmar, sin temor de ser desmentido, que en todos los países de Europa, el poder del oro, este poder que gobierna los tronos, decide de la suerte de las batallas, cambia las monarquías en repúblicas, y las repúblicas en monarquías, está en manos de los israelitas: los restos de Jacob nos gobiernan de hecho.

Debo repetir que, apreciando los hechos por su valor, no puedo ajar á una raza desgraciada, que sus largos sufrimientos y su valor me obligan á compadecer. Historiador fiel, no soy ni panegirista ni calumniador.

Este funesto ascendiente, que ha sabido encontrar la raza judía, y que debe consolarla de su larga humillacion, es para mí una prueba de su indómita energia y de su constante y terca habilidad. No hay duda de que estas notables facultades pueden perjudicarnos un día; pero á nadie debemos culpar sino á nuestras legislaciones, á las hogueras, á las proscripciones, á los anatemas, y á la feroz necedad de los inquisidores y sus semejantes.

Los israelitas facilitan todo lo que los gobiernos necesitan, además de las tasas y contribuciones ordinarias. Esta suma es inmensa, y los ochocientos millones de libras esterlinas que he mencionado mas arriba, no son mas que una corta fraccion de la misma.

Semejante capital no pertenece exclusivamente á los descendientes de Jacob y de Judá, pero disponen de él, lo monopolizan; ellos son los que van á buscarlo en sus fuentes, quienes lo hacen pasar por todos los canales secretos del agiotaje, quienes menean, por decirlo así, este saco agigantado, y sin otra industria que la usura y el agiotaje, se aseguran la ganancia mas limpia. ¡Qué instrumento de fortuna para ellos y de ruina para los pueblos! ¡qué palanca tan poderosa y terrible! No solamente son dueños de entorpecer el curso de estos préstamos y de atajar la marcha del gobierno, sino que, poniendo en movimiento esta máquina que produce el oro, aumentan mas y mas sus recursos, esto es, su poder. Y en vez de desgastar los móviles que ponen en accion, los robustecen por su mismo empleo: portentoso fácil de comprender, y cuyos resultados son incalculables.

En los tres reinos de la Gran Bretaña (pues no quiero alejarme de una especialidad que conozco) gana Israel, únicamente en calidad de corredor entre el gobierno y el verdadero prestamista de fondos, cerca de cuatro millones de libras esterlinas cada año, y aun me quedo corto. Arrancada esta suma á la mole de las riquezas nacionales, perdida en los cofres de los judíos, solo sirve para aumentar el tesoro de Judá y extender su influjo.

Añádanse á esto las sumas adquiridas por los préstamos hechos al extranjero, y el interés de estas sumas. Ni ha necesitado, para afianzarse semejante opulencia, de tasas, ni de la industria, ni de arriesgar sus fondos, ni de protecciones, ni de privilegios; solo ha necesitado una sagacidad ingeniosa, penetrante, el arte de adivinar nuestras necesidades, el talento de prever nuestras faltas, y la habilidad en acéchar las ocasiones.

Hace diez años que desembarcó en Dovres un judío, privado de todos los medios de subsistencia; siguió el curso natural de su vocacion; supo utilizar uno ó dos lances felices, y hoy día los gabinetes mendigan los socorros de ese hombre, que poco antes mendigaba el sustento.

Si tal es pues el estado de las cosas en Inglaterra, donde la prensa es libre, donde reina la sencillez, donde la libertad tiene su culto, dejo á mis lectores que reflexionen cuánto ascendiente pecuniario han debido adquirir los judíos en el resto de la Europa. Allí, mucho mas que aquí, han de tener el poder en sus manos.

¿Cómo cabe pues desalojarlos de esta posicion? A menos de confundirlos con los demás súbditos, de destruir sus preocupaciones y las que alimenta todavía el pueblo contra ellos, de hacer que sus intereses y afectos sean semejantes á los nuestros, de borrar su judaísmo y hacerlos ciudadanos, no se logrará nunca este objeto. La violencia no hará mas que agravar el mal que ha producido ya. Mientras los judíos han sido patriotas, han tenido grandeza, magnanimidad y heroísmo.

Devolvedlos una patria, sean, como nosotros, hijos de un país; véanse interesados en su gloria, y cesarán de mirar la acumulacion de las riquezas como el objeto único de su vida, las profusiones de los ministros como las garantías de sus ganancias, la miseria de los pueblos como una mina de oro para beneficiar, las locuras

de los individuos y de las naciones, de los meros particulares y de los reyes, como instrumentos de su elevacion y la condicion de su preponderancia.

Sin embargo, fuerza es confesar que se les sirve á su gusto. En vez de reformar los abusos, de introducir útiles economías, de favorecer la publicidad y la libertad del comercio, medios seguros de aumentar las rentas del pueblo y de los tronos, la mayor parte de los gabinetes europeos parecen aunarse para abonar el suelo tan fértil por sí mismo donde coge sus cosechas la raza judía. Pedir prestado para disipar, disipar para pedir prestado, hé aquí el doble trabajo en que se ocupan, tal la lanzadera que no deja de correr.

Israel se aprovecha de una disposicion que le es tan favorable; tiene sus espías en los ministerios, sus asalariaos en el palacio de los reyes, sus centinelas en las asambleas legislativas; lo sabe todo, nada le pasa por alto. Sus correos atraviesan las provincias, sus naves surcan los mares, y les llega la noticia así del acontecimiento mas trivial, como del mas importante, á poco de haber ocurrido: él saca provecho de todo, y aun sabe crear muy á propósito los accidentes que le faltan y que reclama su interés actual. En vista de esto, ¿se dirá que sea hiperbólica mi expresion cuando he dicho mas arriba que habia reconquistado el cetro?

Pueblos, excelencias, majestades, altezas, corporaciones, asambleas de senadores ó de oradores, ¿no es verdad que quien posee el oro ha de sentarse una grada, al menos, mas alto que vosotros?

Si mis palabras admiran al lector que vive ajeno de los misterios de la sociedad actual y juguete de sus apariencias superficiales, vaya, para convencerse, á la Lonja de Lóndres, desde las once al medio día, todos los días de la semana excepto el domingo.

En primer lugar herirá vuestros ojos y vuestros oídos una muchedumbre murmuradora, tiesa, áspera, harto mal vestida, y de habla orgullosa y bronca. Vereis en medio de esta poblacion adoradora de Mamón, un ente inmóvil (1), con sus ojos vivos y empañados, con su tez amarillenta, con todas sus facciones penosamente contraídas, con las manos sepultadas en sus bolsillos, las espaldas levantadas como para encajonar una cabeza cuadrada, cubierta de un sombrero que cae sobre su frente arrugada.

No es su fisonomía ni halagüeña, ni expresiva, ni dulce, ni alegre, ni aun profunda; y sin embargo, residen en este cerebro, que creierais inerte, las mas vastas y mas minuciosas combinaciones. Semejante espectáculo os pasma justamente: os acercáis. Este hombre (pues es uno de ellos) permanece sosegado; ni se mueven sus labios, ni hay una mirada en sus ojos; nada en él anuncia que piensa. ¿Es el tal un hombre vivo, ó tan solo la corteza exterior de uno de vuestros semejantes, uno de estos cuerpos sin alma que Dante Alighieri nos asegura haber visto andar por las calles de Florencia como si hubiesen estado dotados de vida? (2)

Luego veis adelantarse otro personaje con aire distraído: el hombre estatua da dos ó tres pasos hácia atrás; el nuevo actor le sigue, y se entabla entre ellos un diálogo mudo. El hombre estatua levanta sus párpados inclinados, y hace brillar de repente, del fondo de este ojo empañado y muerto, la mirada mas penetrante y escudriñadora que hayais visto brillar jamás en la sombra.

El otro (me guardaré muy bien de decir el otro interlocutor) hace una seña y se retira: el coloquio taciturno no ha durado mas de dos segundos; y el primero de los dos, recobrando su inmovilidad, vuelve á hundir (permítaseme la expresion) esta mirada que os ha llenado de pasmo, y se convierte de nuevo en estatua.

Dos, tres visitantes de la misma especie, acogidos de la misma manera, desaparecen como el primero. Contais hasta cuarenta ó cincuenta, y el hombre inmóvil, que no ha desplegado todavía sus labios, ni sacado las manos de sus bolsillos, se desvanece á su vez.

Este personaje es un judío de Francfort, de esta temible familia que tiene parientes ó mandatarios acreditados en todas las córtes, á quienes estas córtes acarian porque les temen, porque podrian sumergirles en el mayor embarazo, si les negasen su auxilio, para darlo exclusivamente á los gobiernos rivales. Este hombre de que acabo de hablar es el tipo y el rey de su casta; es el que aprieta ó afloja á su antojo los cordones de la bolsa de los reyes.

Mas poderoso que nuestra aristocracia, con mucho mas influjo real que nuestras dos cámaras, reina allí donde le habeis visto, al pié de esa vieja pilastra tan inmóvil como él. Estos que vienen á hablarle con señas, son sus espías. Diriais que solo la casualidad les conduce allí; cada uno de ellos tiene su hora de cita; corren á comunicarle sus documentos, á recibir en cambio sus

(1) Publicóse el año 1828 en Lóndres una lámina de este personaje, chocante por la naturalidad y verdad del trabajo y de la fisonomía, con esta inscripcion: *A great man on Change*, « un grande hombre en la Bolsa. » Tiene por compañero el retrato del cuáquero A., que se ha enriquecido con las mismas especulaciones, y que lucha á menudo en habilidad con N. M. R. (2) Léense, debajo de esta última lámina, estas palabras pronunciadas por el cuáquero: *Is brother R. on Change?* « ¿Está el hermano R. en la Bolsa? » Pocos retratos hay mas bien acabados respecto á la individualizacion del carácter, y á la verdad de la apostura.

(*) El famoso Rothschild.

(2) *Inferno*, c. IV.

instrucciones, y se apresuran á ir á ejecutar sus órdenes. A cada seña de este potentado mudo, cambia de manos un millon, se altera un sistema de gobierno, y cae ó se eleva un ministro, se hace ó se retira una ley, segun los diversos movimientos impresos á esta máquina calculadora.

Con su aparente abstraccion, su frialdad y su apatía, es el hombre que pone en movimiento mas resortes en Europa, es el *fatum* de los imperios; Mamón le ha confiado su cetro; palanca de los mayores intereses. Tesorero del mundo civilizado, se vale de esa magia del dinero para estremecerlo á su grado. Sus transacciones son secretas, desconocidos sus medios, y solo vemos sus resultados. La raza destruida de Jacob no tiene representante mas formidable.

M. DE F.

La fiesta de los Reyes.

De tiempo inmemorial se acostumbra en Francia á separar lo que llaman la *parte del pobre* en la celebracion de la fiesta de los Reyes. Antes de dar esas coronas efimeras que eran el gozo de las familias, tenian costumbre de reservar la parte del pobre, antes de hacer el reparto entre los convidados, y la alegría era mas expansiva cuando cada cual podia decirse que se habia apaciguado el hambre del indigente.

¿De dónde provenia esta tradicion? Seguramente provenia del cristianismo, que jamás se dirige á las grandezas de la tierra sin acordarse de los desheredados de este mundo, diciendo *que hay siempre pobres entre nosotros*. La parte del pobre en la fiesta de los Reyes, el recuerdo de los humildes y pequeños en la mesa de los grandes ¿no es este el fondo de nuestro destino, y no necesitamos repetirnos constantemente que en las clases inferiores hay desdichados que esperan nuestra limosna? Sí, todo nos recuerda en este mundo que debemos siempre socorrer á nuestros semejantes. Por mas que nos enorgullecemos con nuestra gloria, por mas que nos coronamos como reyes, la indigencia llama á nuestra puerta infaliblemente, y por esto mismo jamás debemos olvidarla. *Res sacra miser!* R. DE M.

La estatua de Carlos XII en Estokolmo.

El pueblo sueco ha inaugurado el 30 de noviembre último un monumento al héroe de la Suecia. Todas las clases de la sociedad, desde el principe hasta el humilde trabajador han contribuido con su óbolo, y puede decirse que la nacion entera ha tomado parte en esta fiesta patriótica.

Ciento cincuenta años han trascurrido desde la muerte del Leon del Norte. Extraño parecerá que hasta ahora no se haya elevado ningun monumento á aquel rey héroe, en tanto que los demás reyes suecos tienen estatuas erigidas por sus sucesores. Pero por fin llegó la hora de la reparacion, y el monumento no es obra de uno solo, sino de la nacion entera. Los gastos se han hecho como hemos indicado, con el producto de una suscripcion pública, y el monumento es obra de artistas suecos.

Carlos XII, hijo de Carlos XI, que nació el 17 de junio de 1682, y subió al trono en 1697, consagró el principio de su reinado á los placeres y á las diversiones mas peligrosas, como verbigracia, la caza del oso. A la edad de diez y ocho años fué atacado simultáneamente por tres enemigos: la Dinamarca, la Rusia y la Polonia, y la guerra comenzada en 1700, se continuó sin tregua durante veinte años. No nos corresponde hablar aquí de sus hechos de armas, pues son bastante conocidos, y la gloria que se conquistó en aquellas grandes luchas ha hecho de él el héroe popular de la Suecia.

La posteridad ha sabido reconocer los servicios que prestó á su país el rey Carlos XII. Mientras hacia la guerra, mejoró la administracion interior del país, y formó planes para lo venidero, como lo prueba su correspondencia con Polhem y Schwedenborg; pero hasta después de su muerte no pudieron plantearse.

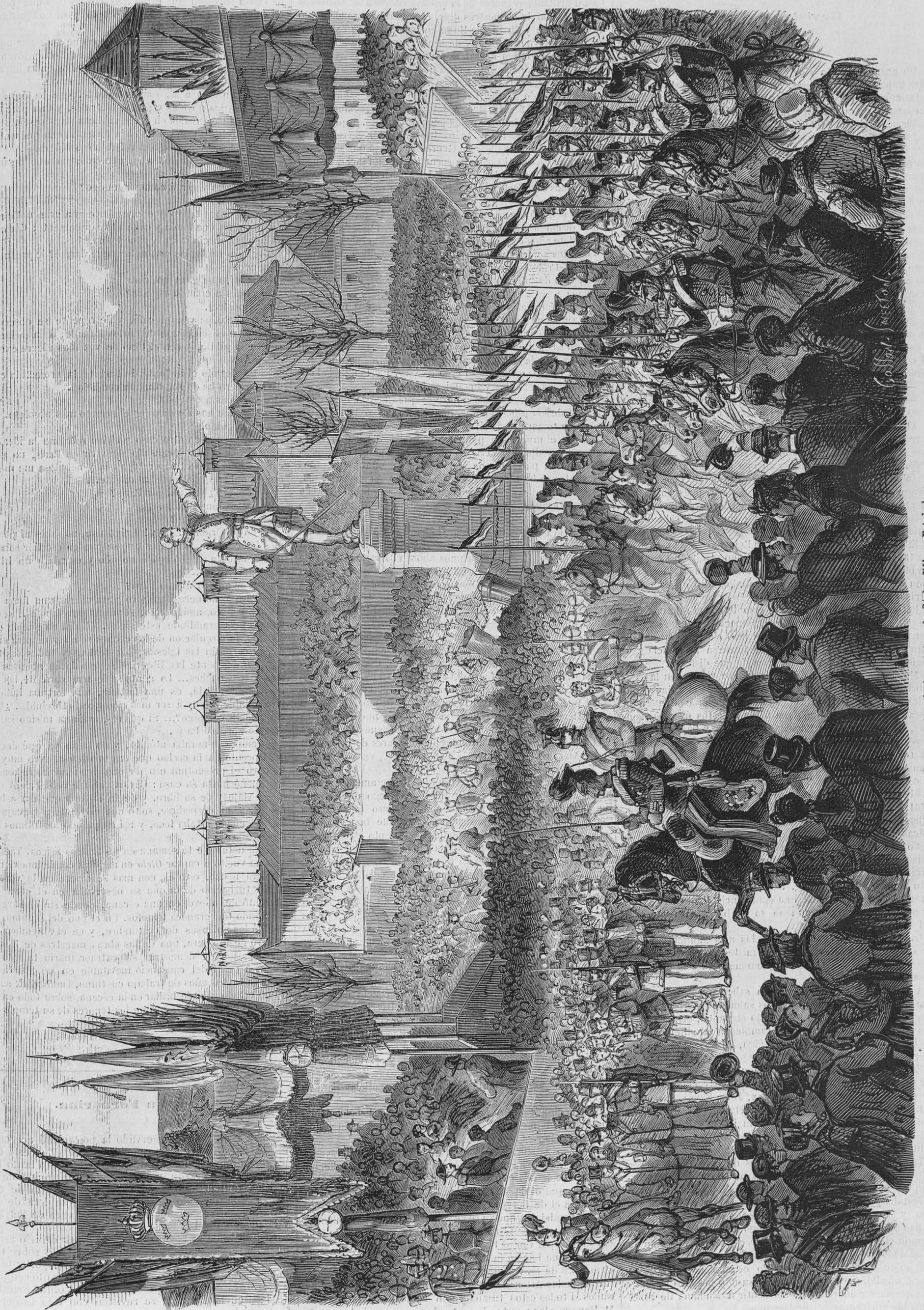
Seguramente no fué Carlos XII el modelo de los hombres de Estado ni el ideal de los principes; pero tuvo el mérito de identificarse con su país y supo ejercer en su derredor un encanto irresistible.

La estatua se eleva en el Jardin del Rey, que fué en otro tiempo plaza de Carlos XIII. Su altura es de quince piés y descansa en un zócalo de granito tambien de quince piés. El artista ha comprendido muy bien su tarea aplicándose á corregir el aire altanero del héroe con la expresion de benevolencia que le era propia. La estatua ha sido vaciada en Estokolmo por Jorge Herolt, de Nuremberg. Los trofeos (morteros) que rodean el pedestal, que se llaman *Pluton* y representan el rapto de Proserpina, fueron fundidos en Dresde en 1678 por Andrés Herald y los tomó Carlos XII en Neumunde en 1701. Las cadenas de los cuatro morteros provienen de un antiguo buque de la flota real de Suecia.

E. S.



Celebracion de la fiesta de los Reyes. — La parte del pobre.



SUECIA. — Inauguración de la estatua de Carlos XII en Estocolmo.

Revista de Paris.

Un acontecimiento singular, envuelto hasta hoy en el mas impenetrable misterio, ha dado alimento esta semana á las crónicas parisienses. Este hecho es la desaparicion de un hombre de cierta importancia en el mundo científico, el señor vizconde de Archiac, profesor del Museo de historia natural, de quien no se tiene noticia desde el 23 de diciembre último. En los primeros momentos, cuando se dió con pormenores mas ó menos fabulosos la nueva de esta desaparicion, se creyó que en brevè se tendria la explicacion del enigma; pero han pasado ya algunas semanas y nada se ha podido aclarar, ni siquiera se han hallado indicios que permitan suponer con alguna verosimilitud cuál es el paradero del infortunado vizconde.

Parece ser que el miércoles 23 de diciembre M. de Archiac se levantó á la hora de costumbre, entró en su gabinete, donde trabajó en sus tareas científicas hasta eso de las once, á cuya hora almorzó, aunque con escaso apetito. Despues salió de casa y no volvió hasta las cinco de la tarde para encerrarse de nuevo en su gabinete.

Su criada le llamó, previniéndole que estaba la sopa en la mesa.

— No comeré ahora, pues tengo que echar esta carta al correo, contestó el vizconde mostrando una carta que tenia en la mano.

— ¿Pero no tardará Vd. mucho?

— No, dentro de cinco minutos estoy de vuelta.

Salió otra vez y desde aquel instante nadie ya le ha visto. Algunos diarios afirman que tomó uno de los trenes del ferro-carril del Havre, lo que quizá es verdad, pero de todos modos aquí se concluyen las indicaciones.

M. de Archiac podia llevar encima una suma de veinte ó treinta pesos, con mas su reloj y su cadena de oro, sin embargo, que de esto último no hay certeza, pues en el momento de salir se habia abotonado su levita de invierno.

Digamos dos palabras para dar á conocer á este distinguido miembro del Instituto.

El vizconde de Archiac nació en Reims el 24 de setiembre de 1802, y despues de haber servido en el ejército en clase de oficial de caballeria, dejó el servicio cuando la revolucion de 1830, y se consagró á estudios históricos y literarios.

Entonces escribió una novela completamente desconocida de la generacion actual, y que tampoco tuvo mucha boga entre sus contemporáneos, lo cual hizo sin duda que diese otra direccion á sus tareas y se dedicase á la ciencia geológica, en la cual alcanzó la fama de que disfruta.

Muchas y muy notables en su mayor parte son las Memorias que ha presentado á la Academia de ciencias y publicado en los diarios oficiales de esta corporacion; pero su obra principal es la que daba á luz en estos últimos tiempos, en nombre de la Sociedad geológica y bajo los auspicios del ministro de Instruccion pública, titulada: HISTORIA DE LOS PROGRESOS DE LA GEOLOGIA DE 1834 á 1862, en nueve tomos, de los cuales siete se hallan ya en manos del público.

El vizconde de Archiac entró en el Instituto en 1857, y en 1861 fué nombrado profesor de paleontología del Museo. Además pertenecia tambien á diferentes corporaciones científicas extranjeras.

No obstante su avanzada edad, el señor vizconde de Archiac disfrutaba de la mas completa salud y era de un carácter afable, sin que jamás se hubiese notado en él ningun acceso de misantropia. Para el próximo febrero habia anunciado en la Sorbona una conferencia sobre los ventisqueros de los Alpes, y aun no se ha borrado su nombre del anuncio.

La autoridad está practicando las mas minuciosas pesquisas para tratar de descubrir el misterio, y el público en general se interesa tambien sobremanera en este descubrimiento.

A propósito de conferencias, ya saben nuestros lectores que en esta temporada en que los salones de Paris convidan con el lujo de sus fiestas al mundo elegante, otras reuniones de distinto carácter llaman tambien á un sinnúmero de aficionados á la instruccion científica, histórica, artística y literaria.

Este año las reuniones en cuestion se acaban de aumentar con las organizadas en favor de la instruccion elemental por los señores Yung, Cremieux, Jules Favre, Leon Say y J. Simon, que se han inaugurado esta semana con el gran éxito que merecia una tentativa semejante.

El local, que era la sala Valentino, estaba atestado de gente, y mas de quinientas personas esperaban en la calle.

Todos los miembros organizadores de la reunion fueron saludados con grandes aplausos; pero el triunfo de la sesion fué para el eminente orador M. Jules Favre.

Tratábase de la influencia de las costumbres en la literatura, y M. Favre pasando una luminosa revista á las literaturas de los siglos precedentes, llegó á la época del primer imperio. La literatura no puede florecer bajo el dominio de un soldado victorioso. Tal fué el espíritu de su argumentacion sobre este período. « El solo escritor de genio de su época, añadió, que era una mujer, suscitó grandes tormentas: queria ser adorado, é hizo sentir á Madama de Stael todas las amarguras del destierro. »

Este discurso, pronunciado por Jules Favre, mereceria la

reproduccion íntegra por las grandes bellezas que contiene. Es un brillante resumen de la historia literaria de todos los siglos. Llegando á nuestros dias, el admirable orador habló de Lamartine y de Victor Hugo en términos que excitaron aplausos interminables. Es de sentir que la taquigrafia no copiara un discurso de tal importancia y tan propio para servir de introduccion á la obra que quieren fundar los organizadores de estas reuniones ya citados.

El nombre de Victor Hugo nos trae á la memoria otra obra no menos filantrópica, y sobre la cual creemos haber dicho algunas palabras en los años anteriores. Dijimos entonces que el poeta da todos los años por Navidad una fiesta á los niños pobres de Guernesey, fiesta que envuelve la idea de una institucion de socorros á la infancia, la cual va propagándose en Inglaterra y en América.

Oigamos al mismo Victor Hugo lo que refiere acerca de estos progresos:

« La pequeña institucion de socorros á la infancia, dijo en el discurso que pronunció en su fiesta, fundada por mí hace siete años en Guernesey, en mi casa, fructifica, y pienso que las señoras que tan afables me escuchan oirán con placer esta buena nueva. No se trata de lo que yo hago aquí, sino de lo que se hace fuera: lo que hago yo aquí no es nada y seria supérfluo hablar de ello.

» Esta fundacion de la Comida de los niños pobres no tiene sino una cosa en su favor, y es que es una idea sencilla, por cuya razon se ha comprendido al instante, sobre todo en los países de libertad, en Inglaterra, en Suiza y en América, donde se aplica en grande escala... Apunto el hecho sin insistir en él; pero creo que hay cierta afinidad entre las ideas sencillas y los países libres.

» Para que juzguéis los progresos que hace la idea de la Comida de los niños pobres, citaré solo dos ó tres guarismos que tomaré en Lóndres.

» Todo el mundo ha podido leer en los diarios la carta que me ha dirigido la honorable lady Thompson. Únicamente en la parroquia de Marylebone, el número de niños socorridos se ha elevado de 5,000 á 7,850 en el año 1868. Acaba de fundarse una sociedad con el capital de 20,000 libras esterlinas. Finalmente, recordareis que el año último por ahora, me felicitaba yo de ver en los periódicos ingleses que la idea de Hauteville House habia fructificado en Lóndres hasta el punto de que ya se daban socorros á 30,000 niños. Pues bien, leamos ahora el *Express* del 17 de diciembre y encontraremos un asombroso progreso: en 1866 habia en Lóndres 6,000 niños socorridos como he dicho; en 1867, 30,000, y en 1868 hay 115,000. Si á estos se añaden los 7,850 de Marylebone, sociedad enteramente distinta, se llega á un total de 122,850 niños socorridos.

» ¡Lo que es un grano echado al surco cuando Dios quiere hacerle fecundo! ¿Cuántos niños veis aquí? Cuarenta: es bien poco, no es nada; y sin embargo, cada uno de estos 40 niños produce fuera 3,000, y los 40 niños de Hauteville-House se convierten en Lóndres en 120,000. »

El poeta añade que podria citar otros hechos, pero que se detiene porque no quiere hablar de sí, pues considera nulo su mérito, en tanto que todas las acciones de gracias deben dirigirse á sus admirables cooperadores de Inglaterra y de América.

Y luego concluye diciendo:

« Mi destierro no me parece malo. Primeramente me ha dado á conocer esta isla hospitalaria, y luego me ha proporcionado ocasion de realizar con descanso la idea que hacia tiempo tenia, de probar prácticamente la mejora inmediata de los niños pobres bajo el concepto de la doble higiene, esto es, de la salud física y de la salud intelectual. La idea ha obtenido un éxito feliz, y por eso doy gracias al destierro. ¡Ah! Nunca me cansaré de proclamarlo: Pensemos en los niños. La sociedad de los hombres es siempre mas ó menos, una sociedad culpable; y en esa falta colectiva que cometemos todos y que se llama ya la ley, ya las costumbres, no podemos estar seguros mas que de una inocencia, la inocencia de los niños. Pues bien, amémosla; alimentémosla, vistámosla; démosla pan y zapatos, curémosla, ilustrémosla, venerémosla. ¿Queréis saber cuál es mi opinion política? Os la diré: soy del partido de la inocencia. Sobre todo, del partido de la inocencia castigada (¡por qué, Dios mio!) castigada por la miseria.

» Sean cuales fueren los dolores de esta vida, no me quejaré yo si puedo realizar las dos mas altas ambiciones que un hombre puede tener en el mundo, á saber: ser esclavo y ser servidor. Esclavo de la conciencia y servidor de los pobres. »

Volvamos ahora á Paris donde no faltan noticias para la crónica.

En los círculos literarios se habla mucho de las elecciones que han de tener lugar para los dos puestos vacantes que existen en la Academia francesa.

Estos dos sillones son los que han ocupado M. Berryer y M. Empis, y no hay para qué decir que los pretendientes abundan, como de costumbre.

Dícese que el de M. Empis se destina á un literato, en tanto que el de Berryer será para un hombre político, y entre los candidatos que ya se citan para este último, debemos señalar en primer término á M. Rouber, el elocuente orador oficial que tantos triunfos cuenta en la tribuna.

Por lo que hace á la candidatura literaria, suena mucho el nombre de M. Arsène Houssaye, poeta, novelista, inspector de Bellas Artes y ex-director del Teatro Francés: ignóramos si todos estos títulos serán bastantes para abrir á M. Houssaye las puertas de la Academia; pues á decir verdad, el género literario que mas cultiva, y en el que sobre-

sale, que es la novela de costumbres modernas, sobre todo de cierta sociedad que brilla mas por su lujo que por sus cualidades morales, no es muy propio para conquistar los votos de los académicos.

A propósito de literatura, tenemos que anunciar aquí la muerte de un escritor de talento que ha fallecido jóven aun, y despues que habia pasado ya largos años en la imposibilidad de sacar fruto alguno de su inteligencia.

Nos referimos á M. Carlos Bataille, que ha dejado un poema, varias novelas y piezas teatrales, y una porcion de artículos diseminados en los periódicos parisienses.

Su fallecimiento ha traído á la memoria una anécdota auténtica de su vida, que han referido sus biógrafos.

Una tarde le encuentra en una calle un amigo suyo, y Carlos Bataille le dice:

— ¿Quieres venir á comer conmigo?

— Vamos.

— Sí, porque tengo que anunciarte una gran noticia.

Entran en una fonda y comen tranquilamente: Carlos Bataille permanecia callado y taciturno.

— ¿Pero no tenias una noticia que darme? le preguntaba el amigo.

— Sí, sí, una gran noticia.

— ¿Pues á cuándo esperas?

— A postres.

Con efecto, sirven el café, y de repente se observa un cambio en el semblante de Carlos Bataille; á la melancolía sucede el júbilo, y con el tono de voz mas alegre exclama diciendo:

— Ha llegado el instante de hacerte la prometida confidencia, pero ha de ser con una condicion.

— Veamos.

— Que me has de guardar el secreto mas absoluto.

— Convenido.

— Sí, porque en otro caso podrian robarme la idea. Has de saber que estoy cansado de vivir en Paris, no puedo con su clima, esta temperatura fria y nebulosa me mata, y quiero huir de ella inmediatamente...

— ¿Cómo! ¿Vas á dejar Paris?

— Sí, mañana mismo.

— ¿Y á dónde vas?

— Voy á Oriente... ¡Ay! amigo mio, no sabes ni por asomos las cosas maravillosas que se pueden escribir sobre los países orientales... Viajaré un año y escribiré un libro... mi último libro...

— ¿Por qué tu último libro?

— Porque no necesitaré otro para cobrar una fama eterna... Ese libro, amigo mio, será una revelacion... será el triunfo mas grande de este siglo... El día en que le dé al público, la circulación de los coches se interrumpirá en Paris, se cerrarán las iglesias, los teatros y todas las tiendas... Únicamente las librerías se quedarán abiertas tres días y tres noches... La gente se le arrancará de las manos... Nada, nada, es una fortuna, una fortuna inmensa, incalculable... Voy á ser mas rico que Rothschild... ¿Quieres venirte conmigo?... Si quieres, mañana mismo salimos de este horrible Paris.

Su amigo le miraba atónito, y no sabia ya qué decirle.

Al pronto habia creído que era una burla, pero muy luego tuvo el presentimiento de una realidad horrorosa. Le acompañó hasta su casa: Carlos Bataille hablaba sin cesar de su viaje y de su libro, y de la fortuna que iba á hacer con él, y al despedirse, soltó una estrepitosa carcajada... El desdichado estaba loco, y así ha pasado los últimos años de su vida.

Nada notable esta semana en los teatros líricos. Tamberlick ha vuelto á cantar *Otelo* en mejores condiciones que la primera noche, esto es, con mas seguridad en la voz, con menos turbacion de la que se observaba en él cuando se presentó de nuevo en una escena, donde sin embargo ha alcanzado tan grandes triunfos. En el duo del segundo acto recibió los aplausos de costumbre, y en el magnífico acto tercero de la ópera, una de las obras maestras de Rossini, tuvo ocasion de demostrar su extraordinario talento. En suma, á pesar del cansancio inevitable en un artista que lleva ya tantos años de trabajo continuo, Tamberlick se halla en estado aun de brillar en la escena, sobre todo en una época como la actual, en que los tenores de su temple son desconocidos.

MARIANO URRABIETA.

La bella Fornarina.

Pocas noticias ha conservado la posteridad acerca de la historia de la célebre querida de Rafael, de esta mujer de peregrina hermosura, que ha ejercido tanto imperio en el corazón y el número del príncipe de los artistas, noticias que están careciendo todavía de unidad y que tan solo dan una idea incompleta de esta jóven, que merecía colocarse entre la Laura de Petrarca y la Beatriz del Dante.

El influjo de la Fornarina ha sido, por decirlo así, el principio de una nueva era de la pintura, y sobre todo de esta parte del arte, tal vez la mas importante de todas, la de lo ideal en lo real. El sentimiento religioso y moral, el impulso á que debemos las obras maestras de la escuela italiana, se revisten con esta mujer de formas á la vez mas extensas y positivas.

Es cierto que el sentimiento de lo ideal existia en los

cuadros ó estatuas de las escuelas anteriores á la de Rafael, pero existía en el estado místico. El tipo árido y duro, tranquilo y meditabundo de las vírgenes de Duccio y Cimabué y de Masaccio era solamente la personificación de la vida ascética; y fácil era echar de ver las austeridades de la penitencia y las vigilijs sin fin de la contemplación, al considerar sus rostros pálidos y graves y sus delgados miembros. En las Madonas de Rafael hállase un órden de ideas enteramente diverso, que pertenecen á una inspiración mas completa. Rafael es otro Pigmalion: él supo idear y pintar la hermosura abstracta mas pura de la forma humana, al mismo tiempo que ha sabido dar á esta hermosura una alma, hogar celeste de todas las virtudes; en una palabra, él ha sabido hermanar la expresión moral con el estilo. En vano se habia tanteado esta idealización de la materia para la representación de la Madre de Dios, antes de que Rafael se hubiese prendado de la Fornarina.

Esta mujer llegó á ser, por decirlo así, el buen genio del pintor; ella suministraba á las vírgenes que pintaba esos contornos tan graciosos, esas formas tan castas y reales á la vez, que no nos cansamos de admirar. Cuantas veces se imaginaba el pintor una virgen revestida de todas las hermosuras de la tierra, interponiase siempre la imagen de la Fornarina entre su fantasía y su diseño. La modesta hija del panadero (1) ocupaba continuamente la ardiente imaginación del artista, y si se quiere formar una idea de lo que era este amor, no hay mas que representarse la posición de Rafael y la de la Fornarina. Rafael era ya reputado como uno de los mas eminentes pintores que hubiesen existido, cuando encontró á esta mujer tan amada. Era tan suma la admiración que causaban las obras de su númen, que, bien así como á Petrarca, se le hubiera conducido en triunfo al Capitolio y coronado de laureles. Era rico y se veía colmado de honores. Lo mismo que Rubens, era buscado de los grandes, y, como él, vivía á lo príncipe (*moda pittore, moda principe*) en el palacio que se habia hecho construir. Su nombre iba de boca en boca, y su imagen debía ser venerada en el corazón de una infinidad de ilustres damas romanas.

Y en efecto, ¿cómo era posible á quien le habia visto, olvidar aquella hermosa y noble cabeza, aquel semblante tranquilo, donde brillaban las mas raras prendas del corazón y del entendimiento? Finalmente, estaba dotado de aquella modestia, de aquella amenidad que se echa de ver en los hombres que, á una gran benevolencia, saben juntar una apacibilidad de costumbres que agrada á primera vista y que no cabe olvidar.

La Fornarina, hija desvalida del pueblo, no poseía mas que su hermosura; pero ¿cuán hermosa no habia de ser para que Rafael la elevara hasta sí? ¿con qué pasión no debía amarla? En cuanto á ella, debió amar al jóven artista con aquella pasión exclusiva é ilimitada que caracteriza el amor de las mujeres de Roma; llegó pues á ser la Fornarina el ídolo de Rafael, confundióse con todos sus conceptos é intervino en todas sus creaciones.

¿Veis esa divina mujer con sus formas juveniles, de pié sobre la concha marina que le sirve de carro, y en medio de esos dioses y de esos tritones? Pues no es Tétis ni Anfitritas: es Galatea, que ha robado á la Fornarina las proporciones esbeltas y elegantes de su cuerpo y su fresco semblante, animado por un voluptuoso sentimiento. ¿Queréis ver un tipo admirable del entusiasmo de la fe sin límites, de esta devoción ardiente de que no cabe dudar? Mirad la *Trasfiguración*. En primer término, esa figura de mujer, de rodillas en el suelo y mostrando á un niño el milagro que se verifica á su presencia; esa mujer es también la Fornarina. Por todas partes se la encuentra; así en los altares como en las paredes de los palacios de sus Mecenas, ya fuesen papas, ya fuesen príncipes. Rafael á todos muestra la imagen de su adorada, el ideal de todos sus conceptos. En el pabellon de los jardines del palacio Borghese se ve un retrato pintado al fresco por Rafael; este retrato también representa á la Fornarina. En la galería Borghese se conserva otro. Pero el mas verdadero y auténtico está en el palacio Barberini: es una figura de medio cuerpo y notable por cierta extrañeza de estilo; se la ve desnuda hasta la cintura, y se trasluce su seno al través de finísimos y transparentes ropajes: está sentada en un bosquecillo en medio de flores, y cubre su cabeza uno como turbante. En el brazo izquierdo lleva un brazalete en el que se lee *Raphael Urbino*.

Noble y vigorosa italiana, con la tez morena y uniforme, recuerda con la extensión de sus formas la Venus mas hermosa de la antigüedad. Tiene la nariz algo ancha, pero los ojos rasgados y rebosando de vida. Su frente es despejada y comprensiva, el color de su cabello tiene un tinte algo rubio y tira un poco á amarillo. Parece que los maestros de las escuelas de Italia hayan conservado el gusto tradicional de sus antepasados los poetas romanos, que tenían en tanto aprecio los cabellos con reflejos de oro, *la flavam comam*; Horacio, Ovidio, Propertio, Cátulo, al cantar en sus inmortales versos el nombre y hermosura de las Lesbias, de las Pirras, de las Jaganas y de las Calidias, no se olvidaron de ensalzar el admirable color de la cabellera de sus queridas.

En la tribuna de la galería de Florencia hay otro retrato de mujer que se ha querido atribuir á Rafael y mirar como el de la Fornarina; pero es una invención de Rafael Mengs, que hizo esta pintura con la mira de dar celebridad y estima á su obra.

(1) Fornarina viene de *Fornaja*, mujer de panadero.

Si hoy día es casi seguro el conocer la figura de la mujer que ha ejercido tan grande influjo en el corazón del jefe de la escuela romana, justo es decir que apenas se sabe nada de su historia particular. En el siglo diez y seis se escribía poco; en vano se buscará en él esa curiosidad inquieta que pesquisa con afán las mas insignificantes noticias de la existencia de un hombre ilustre. Fijábase la atención en cada una de las obras que salían de su taller; eran admiradas con entusiasmo; respiraba el individuo en sus obras. Ocupábase el historiador de la vida productiva del artista, pero nada decía sobre los hechos de su vida privada. Así lo ha verificado casi siempre Vasari. Nos muestra, por ejemplo, á Rafael, niño, en el taller de su padre en Urbino, después en la escuela del Perujino; de allí le sigue á Florencia, á Roma y á las otras ciudades que el célebre artista enriqueció con sus obras maestras, y únicamente forma objeto de su descripción la mayor parte de las obras que produjo aquel fecundo ingenio.

Si raros son y poco conocidos los pormenores de la historia de Rafael, con mayor razón los echaremos de menos respecto á la Fornarina. Únicamente las tradiciones populares de Roma nos dan alguna idea de su vida. Verdad es que se ignora su verdadero nombre, pero se sabe el barrio que habitaba. En el día, aun puede verse una casita muy antigua junto á un puente, y una puerta que conduce á la *Strada Ralbi*, llamada la casa Fornarina, que sirve regularmente para tienda de panadero. En una tablilla de mármol, ó tal vez de otra piedra, se ven grabadas las palabras italianas que acabamos de citar, y parece probable que este antiguo edificio fué en otro tiempo habitado por la querida de Rafael.

Esta casa se halla situada en una calle desierta y perdida, por decirlo así, en medio de uno de los barrios menos frecuentados de Roma. Así es que la multitud de viajeros que visitan los monumentos y curiosidades de la ciudad eterna, y que solo andan á caza de distracciones, se abstienen de visitar aquellas ruinas, cuya existencia se ignora generalmente. Se encuentran, no obstante, algunas veces, caminando por aquellas desiertas calles, algunos viajeros graves y silenciosos, de semblante extranjero: estos son regularmente estudiantes de Alemania, que acuden á cumplir una peregrinación voluntaria en el lugar donde reviven aun los recuerdos del gran maestro romano. Sin duda lo hacen porque allí, en aquel mismo lugar, Rafael *Sanzio di Urbino*, jóven y dotado ya de sumo talento en el año de gracia de 1508, vió por la primera vez, yendo á casa del rico banquero Agettino Chigi, para quien hermozeaba con sus pinturas una capilla doméstica, vió, repetimos, á la Fornarina en la tienda de su padre.

Rafael olvidó entonces por un momento sus no acabadas pinturas al fresco y sus bosquejos empezados, á pesar de los buenos avisos y amigables reconvencciones de su protector. Las visitas que por la mañana hacia el jóven pintor en la tienda del panadero llegaron á ser tan frecuentes y tan prolongadas, que perjudicaban seriamente el progreso de su obra, ya tan adelantada, y conocida después con el nombre de *Stance di Rafael*. Agettino Chigi sentía vivamente que Rafael abandonase la capilla de cuya decoración se habia encargado. El anciano banquero, ansioso de ver concluidos los admirables esbozos del jóven artista, no halló medio mas á propósito para atraerle á su taller, que el invitar á la hermosa hija del panadero á que fuese á habitar su palacio. Así lo verificó ella, y desde entonces el maestro ébrio de amor, continuó sin interrupción sus trabajos principados.

Desde aquel momento la Fornarina, como que estuviese prendida á Rafael, no se apartó de él hasta la muerte. Rafael no podia vivir separado de ella, en términos que llegó hasta llevarla consigo al palacio del papa. Cuando hacia las célebres pinturas al fresco en el Vaticano, se le viera allí, como en el palacio de Chigi, al lado de su inseparable querida la Fornarina, porque esta era el genio inspirador de sus estudios. El papa, como se deja presumir, no miraba de buen grado la pasión del pintor para con la hija del panadero, disgustándole sobremanera la continua presencia de esta muchacha en el Vaticano. Llegó un día á probar el desviarla de allí, pero su tentativa no tuvo éxito. Todos los días solía el papa visitar á Rafael para ver los nuevos diseños y progresos de sus pinturas, y todos los días encontraba al lado del pintor á su bella señora, á su constante y fiel compañera, á la Fornarina.

— ¿Quién es esta mujer? le dice el papa con mal gesto y un amargo tono que no podia disimular.

— Si V. S. tiene á bien permitírmelo, contestó Rafael con el entusiasmo de su amor, le responderé que *ella es mis ojos*.

A estas palabras, el papa enmudeció, y la Fornarina continuó siendo el alma encarnada del grande artista.

El mundo, con el espíritu de injusticia que le caracteriza, ha tiznado la memoria de la Fornarina, cargando sobre la cabeza de esta sola mujer todo el peso de la desgracia que precipitó á Rafael á la tumba en el vigor de su edad y en la pujanza de su talento. Se dice que Rafael habria olvidado este proverbio italiano:

Giugno, luglio ed' agosto, non tocar ne donna ne mosto

El abuso de los placeres del amor causaría la catástrofe que ha privado al mundo de las obras maestras que con razón podían esperarse del pintor de Urbino, quien ya en la primavera de su vida habia dado tan gloriosas esperanzas para el porvenir. Habiendo un día

abusado excesivamente de sus fuerzas, al entrar en su casa sintióse acometido de una violenta calentura, cuya causa no quiso manifestar, y á pesar de haberle sangrado, agravóse el mal. Cuando Rafael conoció que su existencia tocaba á su término, apartó de sí á su querida, y en sus disposiciones testamentarias le aseguró una honrosa subsistencia. Poco tiempo después murió, y su muerte, cual una calamidad pública, fué acompañada de un luto general. Baltasar Castiglione, el amigo del pintor, decía en su aflicción:

— ¡Me hallo en Roma, pero me parece que no estoy en ella desde que mi pobre Rafael no existe! *Ma non mi pare esser a Roma perché non vi é piu il mio proveretto Raffaello!*

El mismo Leon X vertió lágrimas por el malogro del gran pintor.

Triste es por cierto la historia de estos hombres, ingenios peregrinos, cuya frente se ve ya en la flor de su juventud coronada con la resplandeciente aureola de la gloria. Espera uno entonces verlos llegar con la edad á una perfección infinita, verlos encumbrarse por las regiones no conocidas aun de otros ingenios. ¡Vana esperanza! Deslumbran al mundo con un súbito resplandor, semejantes á aquellos meteoros que de vez en cuando aparecen por el aire; pero ¡ay! desvanécese aquella efímera brillantez y desaparece en un momento.

Échese una ojeada á los anales de la música, esta hermana de la pintura, y se verá á Mozart y á Weber resplandecer y desvanecerse como Rafael. ¿Cuántos hombres esclarecidos no hallariamos también en la historia de la literatura, que han sido víctimas de tan aciago destino!

Prolijo sería recordar aquí todos esos claros ingenios que, dotados de tan poderosas facultades, han eclipsado el resplandor de cuantos les rodeaban. Conceptos vivificantes, robustas creaciones, afanes de un espíritu lleno de ardor y fantasía, que parecen exigir una larga existencia, cuajan apenas el espacio de algunos años, ricos en gloria, es verdad, pero calenturientos y devoradores. Un espíritu harlo fogoso disipa muy en breve toda su robustez y energía, en menoscabo de la robustez y energía del cuerpo. El equilibrio indispensable entre las facultades físicas é intelectuales, el *mens sana in corpore sano* se destruye para siempre, y la vida se extingue de repente en medio de los mas sublimes conatos. Esos hombres viven demasiado para vivir mucho tiempo.

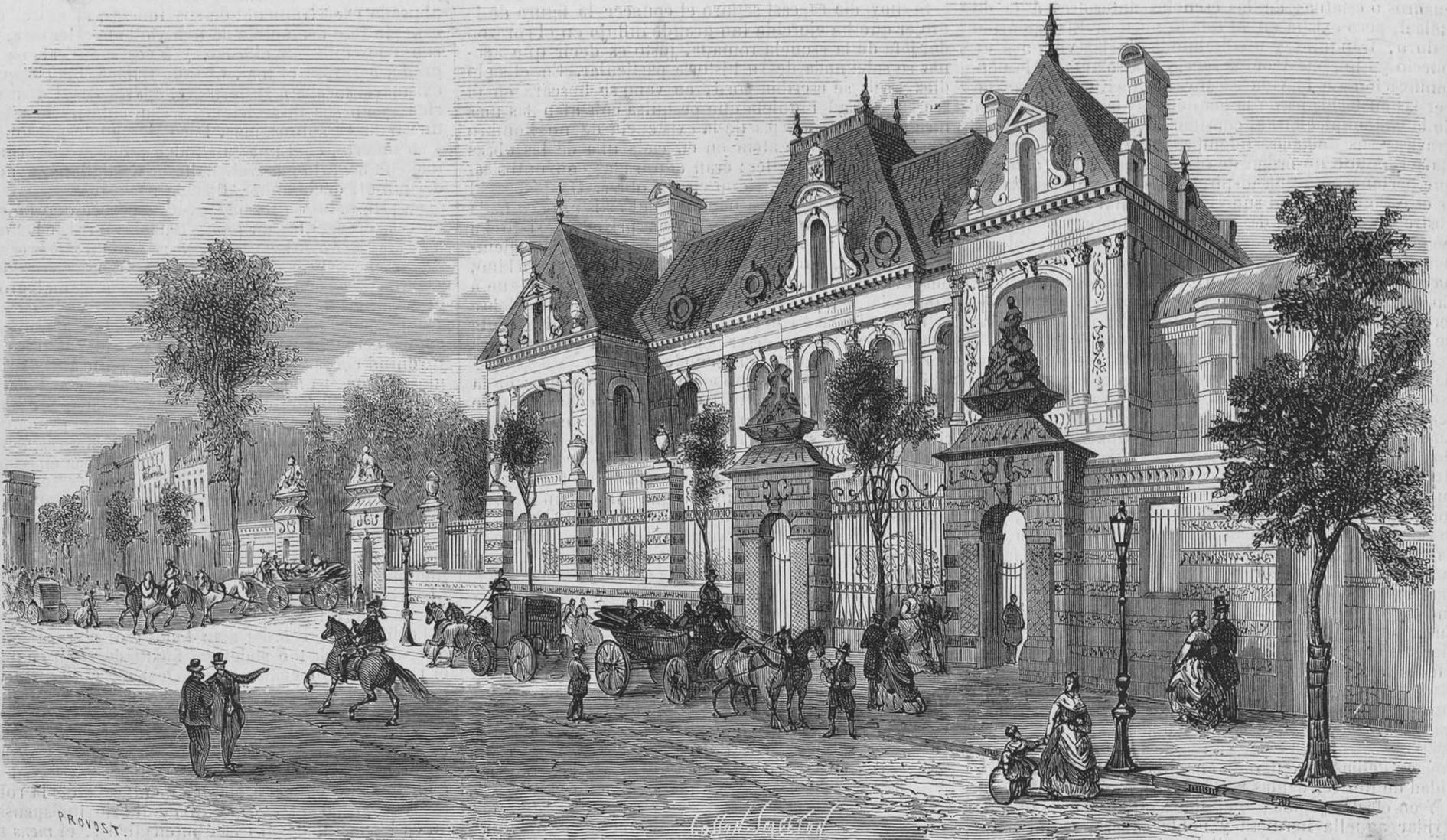
De este modo han desaparecido muchos ingenios, consumidos por un exceso de actividad; de este modo murió Rafael. Ya que no es dado pues atribuir su muerte anticipada á otras causas que las que acabamos de consignar, ¿á qué obstinarse en deshonrar la memoria de su adorada Fornarina? Dejemos ya de achacar á ella sola la fatal catástrofe que privó al mundo de una de sus mas bellas organizaciones. Si esto no obstante, el rígido moralista niega su simpatía á la querida del pintor de Urbino, guárdese al menos, por respeto al hombre que la rodeó con tanto amor y que la amparó con su gloria, de maldecir su nombre; y cuando vea algun vivo recuerdo de la hermosura de esta mujer en el puro y casto diseño de una Madona del pintor, perdone con aquel impulso benévolo del poeta, que dijo: « Si observais en ella alguna imperfección, mirad su rostro, y olvidadlas todas. »

If to her share some imperfections fall,
Look in her face, and then forget them all.

Después de la muerte de Rafael, no ha quedado vestigio alguno, histórico ó tradicional, sobre la suerte de la Fornarina. En Roma, sin embargo, se ha creído siempre que casó con Julio Romano, el alumno predilecto del grande artista. Habrá sin duda contribuido á hacer adoptar esta opinión la admirable similitud que se nota en las figuras pintadas por el maestro y el discípulo; pero el carácter de las mujeres de Julio Romano no se distingue exclusivamente con las maneras y el estilo de este último, pues ambos se notan en la mayor parte de las obras pertenecientes á la escuela de Rafael. Así que, solo hay que ver en esta semejanza el ascendiente que el maestro ha ejercido sobre el númen y los conceptos de sus contemporáneos, ascendiente legítimo y que en nada disminuye la gloria de los que á él se han sujetado, porque no debemos confundirlo con aquel espíritu de remedo servil, propio solamente del plagio. Hé aquí por qué en el día vemos tantos retratos en muchas galerías, que son reputados por los de Fornarina.

Así fué cómo el amor de un hombre esclarecido inmortalizó la hermosura de una mera hija del pueblo. ¡Extraño capricho de la fortuna, que ha dispuesto que la imagen de una mujer sin nombre, humilde vástago de una raza plebeya, habitante de un barrio ignorado y desierto, fuese para siempre el adorno de los palacios y de los templos, la vista mas halagüeña de los príncipes y de los pontífices, el júbilo y el orgullo de los artistas! ¡Cuántas señoras de ilustre alcurnia, esposas de reyes ó sobrinas de papas, acostumbradas á la magnificencia de las cortes, han envidiado el brillante papel que la suerte ha deparado á la modesta Fornarina, que tuvo un Rafael para hacerse retratar y generaciones que la admiraran!...

M. DE F.



PARIS. — El palacio Basilewski, comprado por Doña Isabel de Borbon.

El palacio Basilewski en Paris.

El palacio Basilewski, que acaba de comprar Doña Isabel de Borbon, se considera como uno de los edificios mas preciosos del nuevo Paris. Fué construido

hace tres años por el conde Basilewski, quien dió carta blanca á los arquitectos y á los artistas para levantar un palacio digno de la ciudad que se distingue por tantas y tan brillantes construcciones.

Situado en la avenida del Rey de Roma, casi al án-

gulo de la calle Pauquet, tiene seis puertas, dos grandes y cuatro pequeñas, que dan entrada al patio, y cada una de las puertas principales se halla flanqueada por dos pilares de piedra que sostienen figuras alegóricas, debidas al cincel de Bloche, y que representan cuatro



TOLON. — Reparto de leña entré los indigentes.

de las partes del mundo, á saber: Europa, Asia, Africa y América.

La fachada está adornada de atributos guerreros, finamente trabajados y que simbolizan la infantería, la artillería, la caballería y la marina. Vemos pues que la alegoría ha inspirado abundantemente á los artistas.

El palacio, que ofrece dos pisos sobre los bajos, se compone de tres pabellones, de los cuales los dos laterales sobresalen en el patio. El pabellón central, precedido de un pórtico sostenido por ocho columnas de orden compuesto, está coronado con los blasones de los condes Basilewski.

El patio, asfaltado, está rodeado de plantas de follaje siempre verde, y en su derredor hay caballerizas para ocho caballos y cocheras para doce carruajes. Una cosa sin embargo, le falta á este palacio, y es la perspectiva. Necesitaria mas aire y espacio tan magnífica construcción; pero el aire y el espacio cuestan caro en Paris.

El palacio Basilewski ha dado valor á los terrenos adyacentes, y cuando han querido comprar los terrenos inmediatos, estos han subido inmediatamente de 150 á 400 francos.

Penetremos en el vestíbulo, que es todo él de mármol blanco, y se halla sostenido por ocho columnas estriadas. El mueblaje, de una sencillez severa, consiste en diez y ocho sillas de madera negra con franja de oro, sillas que han sido, según se dice, del real sitio de la Granja.

Es bastante difícil saber qué disposiciones tomará Doña Isabel de Borbon para instalar su casa. Sin embargo, parece ser que las habitaciones que se extienden á la izquierda del vestíbulo serán ocupadas por el rey Don Francisco de Asís, en tanto que las del piso prin-



EL VOLUNTARIO.

— ¿Sabeis en lo que pienso, señorita?

ción, pues no hay barrio adonde no llegue este combustible que sirve para preparar la colación de Nochebuena y para que se calienten las familias.

Huérfanos entrambos, ella arruinada y él pobre, teniendo que sostener á un hermano menor que crecía á su vista, habian entrado en la vida unidos ya por la mancomunidad de la desgracia. Juntos se habian criado; y á pocos años de distancia habian venido á hallarse aislados y sin padres.

El anciano Schwartzzen, maestro de capilla del Elector, habia puesto cuanto poseia, todos sus recursos y todas sus esperanzas; la realidad y el sueño, sobre la cabeza de su hijo primogénito.

«— Hago por tí cuanto puedo, Otto, y tú harás por Frantz cuanto puedas.»

Frantz, el último hijo de un matrimonio feliz habia costado la vida á su madre. Cuando el anciano Schwartzzen murió, el niño tenia cinco años; pero Otto era ya doctor, habiendo dejado en la universidad un nombre brillante.

Ardiente, generoso, con el alma abrasada por aquel fuego que salía de Francia, tenia en sí toda la llama de aquel gran siglo calumniado; el siglo que ha hecho mas por la humanidad y por el derecho. Poco ambicioso, en vez de llevar su ciencia á Berlin buscando una vasta escena para sus deseos, se volvió á su casa natal de Maguncia, donde se encerró con sus libros en la antigua habitación en que habia nacido, á la sombra del vetusto castillo electoral.

Largo tiempo hacia que no habia visto su casa, pues habia pasado años enteros con la frente inclinada sobre los libros en Heidelberg, en Bonn y en Göttingue. La ciencia habia arrebatado el color de su rostro, tan expresivo y altanero, adornado con su largo cabello rubio que se echaba hácia atrás á cada lado de las sienes y que le daba un aire de hombre inspirado y altivo. Habíase transformado, era mas

El Voluntario.

NOVELA.

(Continuacion. — Véase el N° 836.)

Poco á poco Miguel recobraba fuerzas, sentia, digámoslo así, que su herida se cicatrizaba. Levantábase á mirar por la ventana cómo desfilaban las patrullas, y escuchaba el estampido del cañon: con ansia deseaba volver á las filas.

— No, no, le decia Otto Schwartzzen, aun estais muy débil.

Alarmábase Miguel sobre todo con los progresos del sitio. Todas las tardes tenia que traerle Otto las noticias del dia y todas las mañanas las de la noche. Este era su mejor remedio. Los tiros parecian tener un eco doloroso en el pecho del herido, y cuando estallaba el fuego de la fusilería, su pulso era mas fuerte y mas precipitado.

— ¿Tanto os gusta la guerra? le preguntó una vez Otto Schwartzzen, con una voz conmovida.

— La aborrezco, contestó Miguel, pero tengo amor á la república. Los franceses no combatimos hoy sino por la paz general y por la libertad del mundo. Así nuestra causa es invencible.

— Teneis razon, replicó Otto: esa carnicería puede tener un objeto sagrado; pero malditos sean aquellos que la hacen necesaria.

Ahora ya se conocian bien el uno al otro.

Otto Schwartzzen era el prometido esposo de Isabel.



Quiso tener á su lado á Frantz para instruirle.

cial serán para la reina, y las del segundo se destinan á la servidumbre. En la otra ala del palacio, separada del cuarto de la reina por la anchura de la escalera, están los aposentos del príncipe de Asturias.

No hay duda que este palacio está muy lejos de poder compararse con el de Madrid; pero no obstante, puede ofrecer un retiro que no es indigno de una reina desterrada. R. DE M.



Cuántas veces sola en su cuarto, Isabel...

alto; pero aquí todo estaba en su sitio, como antes, y Otto se sentó con respetuosa emocion en el sillón en que acostumbraba á sentarse su padre. Quiso tener á su lado á Frantz para instruirle.

No habia dejado en Maguncia otro recuerdo que el de una niña que en otro tiempo sentábase á su lado, haciéndoles tocar el clavicordio en la sala de un noble pobre, cuyo amigo era su padre, el humilde músico. Volvió á ver esta niña, encantadora, risueña y melancólica, huérfana como él; ella le tendió la mano, hablaron de lo pasado, despertaron suavemente los dulces recuerdos de la infancia, y se acordaron de que sus padres riendo habian dicho que los casarian.

Mas la vieja nodriza de Isabel, Magdet, meneando la cabeza exclamó diciendo:

— No nos riamos. Las palabras de los muertos son sagradas. Si, estais comprometidos hace tiempo y sereis felices.

¡La felicidad! Poco la habian conocido entrambos jóvenes: quizás su simpatía tenia origen en la fraternidad de sus padecimientos.

— ¿Os acordais, decia á menudo á Isabel, en las largas veladas del invierno, cuando M. de Smeyr tomaba su violin y tocaba con mi padre aquella música que él habia compuesto? Nosotros escuchábamos y aplaudíamos. ¡Ah! ¡Bien recuerdo aquella música antigua! Y cuando me pongo á cantarla, se ciegan mis ojos y de buena gana lloraria.

— Si tanto os gustan, oid, decia Isabel entonces.

Y en el clavicordio recordaba las tocatas de su infancia, en tanto que Otto muy conmovido la miraba, y al mirarla veia su pasado.

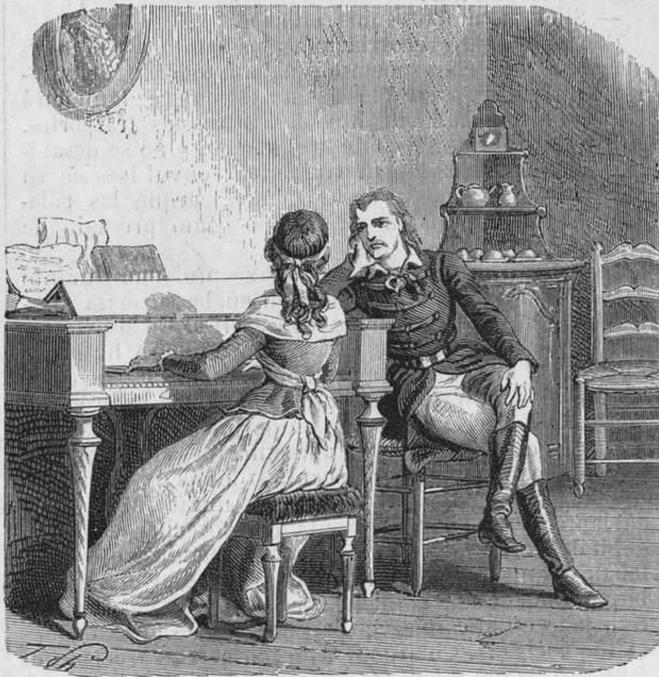
Reparto de leña en Tolon

LA VÍSPERA DE NAVIDAD.

Todos los años, algunos dias antes de Navidad, la direccion de las construcciones navales, manda preparar haces de leña procedentes de las demoliciones de los buques viejos, que contienen cada uno veinte kilos, en proporcion al número de obreros de los arsenales y talleres de todos los servicios, lo que forma un total de unos veinte mil kilogramos de leña.

Todos estos haces se colocan en la plaza del Arsenal divididos por direcciones y talleres ó servicios diversos, mediante un rótulo en el cual se indica á quién se destinan, y los operarios guiados por un contraaestre van á tomar el lote que les corresponde.

El reparto se hace la víspera de Navidad y produce un incesante movimiento en toda la pobla-



Y en el clavicordio recordaba las tocatas de su infancia.

Así el apacible idilio de sus castos amores tenía sus paréntesis de lágrimas. Prometidos el uno al otro, se amaban con dulce cariño, con fraternal ternura.

Miguel Verdure sabía todo esto, y en las conversaciones propias de aquella intimidad en que vivía, el voluntario había oído la historia de sus amigos.

Miguel contestó á estas confidencias de una novela tierna é interesante, con su historia tan llena de penalidades y tormentas.

— Vosotros habeis vivido aquí, les dijo, en estas casas apacibles, dejando que el murmullo del Rhin acompañe vuestros sueños; pero yo he crecido en la lucha, en la atmósfera de salitre de los postreros años de la monarquía. No he padecido hambre ni miseria: mi buena madre cuidaba de todo, y me preparaba la sopa todos los días. También hizo cuanto pudo para que su hijo fuese un sabio. Yo no adquirí ciencia; pero en cambio muy temprano en los bancos de las aulas, supe lo que significaban las palabras libertad y justicia. Asistía á las representaciones de *las Bodas de Figaro*, aplaudiendo todos los bofetones que el lacayo daba á la nobleza y que los nobles en la sala recibían en las dos mejillas riéndose á carcajadas. Veinte años tenía cuando se tomó la Bastilla y yo me encontré en la refriega. Sobre mis hombros cargué á los prisioneros de barba blanca deslumbrados por la luz y encogidos por el encierro. Sentí que mi corazón se dilataba con la revolución, crecí con ella y profesé un gran cariño á todos los hombres que la sirvieron, fuesen cuales quisieren sus matices, desde Mirabeau hasta Barnave. ¡Qué espectáculos! ¡Qué días de fiebre! ¡Yo arrastré el carreton cantando el día de la Federación! ¡A mí me dió en la cabeza aquel sol que calentaba con una nueva luz! ¡Querida Francia! ¡Cuánto orgullo me inspira ser hijo tuyo! Mi país ha roto con los abusos y con las preocupaciones, ha dado su corazón, la sangre de sus venas por la libertad del mundo. La libertad en nuestra patria es la libertad en la vuestra. ¡Libertad! ¡Qué gran palabra y qué cosa tan grande! Y cuando la proclamábamos con voz tan alta que el mundo entero iba á oír, los reyes enfurecidos se arrojan sobre esa tierra libre para despedazarla... Entonces un grito desgarrador sale de todos los pechos, la bandera negra ondea en el Hotel de Villa, el cañon de alarma resuena en el Puente Nuevo, y de una frontera á otra se oyen estas palabras: *La patria está en peligro*. Yo arrojé la toga de abogado, arrojé los libros y las plumas, arrojé los papeles al Sena, y empuñando el fusil, calada la bayoneta, me alisté contra los soldados del despotismo, como soldado voluntario, con la tiranía delante de mí y el derecho á la espalda, empujando por las balas, y con el delirio del combate.

Y al hablar así Miguel tenía como una fiebre que asustaba á Isabel. La joven clavaba en él sus miradas mas escudriñadoras; temblaba que se volviese á abrir le herida del convaleciente, y como fascinada permanecía con la vista fija en el joven exaltado que hablaba entonces como si estuviera en el club de los jacobinos. Sus dedos se detenían en los lienzos que cosía para los heridos ó en las hilas, y silenciosa contemplaba á Miguel cuyos ojos despedían llamas.

Entonces Otto se ponía en pié, enderezando su alta y delgada figura, y alzando entrambos brazos decía con un ademán inspirado y un entusiasmo un tanto místico.

— Por eso tengo yo cariño á Francia que lleva en su seno el destino de la libertad. Soldado de Dios, dice Shakespeare, es sobre todo el soldado de los pueblos. Ciudadano ¿no sabéis que nuestras entrañas se estremecieron al primer grito de vuestra libertad? El puente levadizo de la Bastilla hizo caer con él todas las cadenas. Las naciones son solidarias. Vuestros ejércitos de libertad siembran en nuestras ideas las ideas de libertad que fructificarán mañana. ¡Alemania mía! ¡Teutonia, Teutonia! ¡No sientes en tus bosques el viento de libertad que sopla de Francia? Ya puedes enviar contra esos combatientes del derecho tus enormes legiones y tus granaderos: la fuerza viene del punto de donde sopla el espíritu. Prusianos, austriacos, ejército del príncipe real, ejército de Condé, los voluntarios os vencerán, porque ellos se llaman la libertad, el patriotismo y el derecho.

Miguel concluía victoreando á la república cuando Otto, recogido elocuentemente á la manera germánica de Anarcarsis Clootz ó de Adam Lux, había cesado de hablar y le decía:

— Somos de la misma opinión: démonos la mano. ¡Cuántas veces, despues de estas conversaciones, sola en su cuarto, Isabel, con una especie de vago terror, había repetido las ardientes palabras del soldado! ¡Cuántas veces también, Miguel, antes de dormirse, había visto en su mente la clara mirada de Lisbeth; Lisbeth, como la llamaba Otto Schwartzen, que se encontraba con la suya!

Una vez que se vió ya sano, quiso salir para volver al servicio. Su batallon había tomado hacia pocos días Santa Cruz á los austriacos, y traía á la ciudad sus prisioneros, mocetones pesados de coraceros, en tanto que la iglesia y el lugar, incendiados por los franceses ardían en el horizonte. Hicieron la mejor acogida á Miguel, que se apareció á ellos como un fantasma.

J. C.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Permaneció así como sus compañeros con la vista fija en las filas enemigas, en las cuales reinaba gran movimiento: algunos destacamentos se dirigieron hácia el pueblo y los jinetes corrían en todas direcciones. Sin duda proyectaban algo importante. Al fin una partida condujo gruesas tablas y algunas carretas vacías. Quitaron las cubiertas de los carruajes y arreglaron las varas formando línea, colocando las lanzas hácia atrás y la parte opuesta del lado del castillo.

Clavaron en seguida las tablas encima de los carros y los cubrieron con techos unidos al través detrás de los carruajes con perchas que sobresalían algunos piés de los mismos y podían abrigar regularmente cinco ó seis hombres.

— Rogad al señor Wohlfart que tenga la bondad de tomarse la pena de llegarse hasta aquí, dijo Fink á uno de sus cazadores.

— He oído un tiro, dijo Antonio al entrar en el vestíbulo. ¿Han herido á alguien?

— A esta recia puerta y á un hombre de esa chusma ahí fuera, contestó Fink. Sin aguardar la orden nuestros hombres han contestado desde arriba de la torre al primer disparo del enemigo.

— Por el corral no se ve ninguno. De pronto una partida de caballería se ha presentado delante de la puerta de entrada. Uno de entre ellos se ha atrevido á acercarse hasta tocar la empalizada procurando mirar á través de las juntas. Pero cuando me he presentado encima de ella ha huido lleno de espanto.

— Mira hácia allá abajo; construyen barricadas por mero pasatiempo. En tanto que la luz del día no nos abandone enteramente, no corremos gran riesgo. Pero durante la noche, pueden acercarse mucho al abrigo de esas carretas cubiertas.

— El cielo está despejado, dijo Antonio, y tendremos el resplandor de las estrellas.

— Quisiera saber, dijo Fink, lo que les induce á cometer la insigne locura de atacar precisamente el lado del castillo que está mejor fortificado. Apostaría que es tu plácido rostro el que influye en ellos como la cabeza de Gorgona. En todas las guerras con los eslavos te reclamarán para servir de espantajo.

La noche había cerrado cuando el martillo cesó de pegar contra los carruajes. Se oyó una voz de mando. Los jefes llamaron algunos hombres á las lanzas y seis techos móviles avanzaron con gran velocidad hasta colocarse á treinta pasos de la fachada del castillo.

— Ya llegó el momento, exclamó Fink. Permanece aquí y defiende la planta baja del edificio.

Fink subió corriendo la escalera; la larga hilera de piezas de la parte que daba á la fachada estaba abierta, y se podía ver de un extremo á otro de la casa. Guardad vuestras cabezas, gritó á los que estaban apostados allí.

Inmediatamente despues, hicieron una descarga irregular hácia las ventanas del primer piso. La granizada de balas rompió los vidrios cuyos pedazos corrieron por el suelo. Fink cogió su silbato, un sonido penetrante se oyó en todo el edificio; desde lo alto de la torre y de los dos pisos los sitiados contestaron con un fuego bien nutrido.

Desde este momento se sostuvo por ambas partes un fuego graneado. Los sitiados llevaban la ventaja: estaban mejor resguardados y la oscuridad que reinaba en las habitaciones era mayor que la de fuera.

En los cortos intervalos de suspension, se oía la poderosa voz de Fink:

— Silencio, amigos míos, cubridlos.

Con paso ligero recorría todos los puntos, y algunas veces con una chanzoneta animaba á todos los defensores de la casa. Sus acentos hacían estremecer también á Leonor y llenaban su alma de entusiasmas trasportes. Apenas sentía el peligro de su situación, y no se desanimaba en medio de los movimientos convulsivos de su padre y de los gemidos de su madre, porque las palabras de Fink resonaban en su oído como presagio de triunfo.

La lucha al rededor de la casa se prolongó durante una hora. El gigantesco edificio diseñaba su masa sombría al pálido resplandor de las estrellas. En el exterior no se apercibía ninguna luz, ninguna figura humana: de cuando en cuando una llamarada salida por cualquier ventana ó tronera anunciaba á los sitiadores que la vida reinaba en el castillo en perjuicio suyo.

El que discurría por los aposentos descubría por todas partes figuras sombrías ocultas detrás de la sombra de un pilar, podía ver brillar una mirada ardiente y adelantarse una cabeza pronta á aprovechar el flanco débil del enemigo; de todos aquellos hombres que prestaban entonces el servicio militar, ninguno estaba habituado á aquella homicida ocupación. Todos habían trabajado en el campo, en un taller ó en otras ocupaciones pacíficas. Una inquieta zozobra, una espectación febril se había manifestado todo el día, hasta en los

rostros de los mas fuertes y de los mas valientes.

Antonio miró entonces con sombría satisfacción la calma que él había conservado y el valor de que todo el mundo estaba animado. Cada cual en su sitio cumplía la obligación que se le había impuesto. Hasta en la mortífera obra de la destrucción, se reconocía la fuerza que da al hombre la hábitud á un trabajo asiduo, sea el que fuere.

Despues del primer fuego todos volvieron á cargar sus armas con la misma tranquilidad que si se tratase entre ellos de un trabajo ordinario y habitual. El mozo de la granja no mostraba mayor inquietud que cuando miraba, siguiendo á los bueyes, el sulco que la reja del arado trazaba en la tierra, y el sastre empuñaba su fusil con la misma indiferencia que la plancha ó la tijera. Unicamente los hombres colocados en el corral estaban agitados, no porque tuvieran miedo, sino porque estaban descontentos de su inacción. Algunas veces un atrevido muchacho procuraba deslizarse detrás de Antonio en el interior del castillo para ir á descargar su fusil contra los enemigos. Así es que este se vió obligado á colocar al agrónomo á la puerta del patio para evitar esta valerosa desercion.

— Señor Wohlfart, dejadme disparar una sola vez sobre esa canalla, decía con insistencia un jovencito de Neudorf.

— Aguardad, contestó Antonio cargando su fusil, ya llegará vuestro turno. Dentro de una hora relevareis á los que están apostados en la parte delantera del castillo.

Entre tanto las estrellas resplandecían mas cada vez. Los disparos eran menos frecuentes de uno y otro lado. Parecía que todos necesitaban algun reposo.

— Nuestra gente está llena de ardor por batirse, dijo Antonio á Fink; yo puedo contener difícilmente á los hombres que tengo en el corral.

— Todo esto se reduce á gastar la pólvora en salva, contestó Fink. Ellos procuran sin duda apuntar, pero la mayor parte de las veces es una casualidad si se aprovecha una bala. Aparte de algunas ligeras heridas, no hemos tenido gran pérdida, y yo creo que los agresores no habrán pagado la farsa mucho mas cara.

Se oyó ruido de ruedas.

— Escucha, aproximan sus máquinas de guerra.

El fuego cesó, y en toda la línea desaparecieron, envueltas en las tinieblas, las numerosas columnas.

— Haz relevar los puestos, continuó Fink, y si puedes, dales algo de beber, porque á fe mía, se han mostrado bien valientes. Luego aguardaremos tranquilamente la continuacion de este negocio.

Antonio, despues de haber hecho distribuir á las gentes algunos licores refrigerantes, recorrió todo el castillo, relevó los puestos y visitó todas las piezas de la casa, desde el primer piso hasta la bodega. Cuando se acercó á los aposentos del cuarto bajo ocupados por las mujeres, oyó á lo lejos un ruido discordante de planideras voces. Al entrar en la gran sala, encontró las desnudas paredes débilmente iluminadas por una lamparita de cocina; había allí paja esparcida por el suelo, sobre la cual las mujeres y los niños estaban acurrucados formando grupos al lado de sus equipajes. Las mujeres expresaban su angustia por medio de toda clase de movimientos exagerados; algunas levantaban sin cesar las manos invocando la protección del cielo; otras, aturridas por los terrores de la noche, lanzaban miradas de desesperación. Lo que hacía menos penosa la impresión, era el ver á los niños que, sin inquietarse por lo que pasaba en derredor suyo, gritaban con toda la fuerza que permitían sus pulmones. En medio de esta escena de desolacion, se veía á tres hombrecillos pacatos, que con la cabeza apoyada encima de unos colchones arrollados formando fardo, dormían con los puños cerrados, tan tranquilamente como si estuvieran en su casa y en su cama; una joven sentada en un rincón media en sus brazos á un niño dormido, y al parecer olvidaba todo lo demás. Al fin, sin perder de vista á su hijo, se acercó dulcemente á Antonio y le preguntó por su marido.

Entre tanto los enemigos habían encendido grandes hogueras. Una parte de los sitiadores estaban delante de ellas. Se veía que conducían pucheros al lado del fuego, y que preparaban su cena. En el pueblo también se oía mucho ruido. Se oía gritar, dar órdenes, y se veía correr de un lado á otro por la calle gentes con antorchas.

— Todo esto no anuncia una gran tranquilidad, dijo Antonio.

Al mismo tiempo, la aldaba de la puerta trasera resonó con fuerza. Fink y Antonio se miraron y se lanzaron en seguida al corral.

— Rothsattel y perdiz, murmuró una voz, improvisando una contraseña.

— Es el guardabosque, gritó Antonio.

Corrió el cerrojo, y dejó pasar libremente al hombre de los bosques.

— Cerrad la puerta, me siguen la pista. Buenas noches, señores; vengo á preguntar si me necesitais para algo.

— Entrad pronto, dijo Antonio, y contadnos lo que sepais.

— En el bosque todo está tranquilo como en una iglesia, dijo el guardabosque. Los rebaños pacen sobre el lindero cerca del arroyo de los alisos, bajo el cuidado del pastor y de sus perros. El cortijero está siempre en acecho. Aprovechando la oscuridad, me he deslizado hasta el pueblo, y vengo á avisaros que esteis muy vigilantes. Como los miserables no han conseguido su objeto atacando á mano armada, quisieran ahora recurrir

al incendio. Han recogido toda la brea y toda la grasa para carruajes que había en el pueblo; han ido á las granjas á recoger la doladura de abeto, y todo el aceite de las lámparas lo han derramado por encima de hazes de leña seca.

— ¿Querrán tal vez poner fuego á la puerta del corral? preguntó Fink.

El guardabosque hizo una mueca.

— ¡Oh! no es á la puerta del corral. Le tienen mucho miedo. ¿No teneis en el corral un armon de artillería y un obús?

— ¿Artillería? dijeron los amigos admirados.

— Sí, artillería, repitió el guardabosque. Ellos han visto por las aspilleras de la empalizada carruajes azules y un afuste.

— Son los carros de patatas de Carlos, exclamó Antonio, y la bomba de incendios.

— Será sin duda esa bomba la que han tomado por un obús, contestó el guardabosque. Al venir aquí, he mirado por detrás del patio del meson, para ver si descubría en él alguna persona conocida. Habiéndose presentado Rebeca en el patio con dos cántaros de agua, he silbado bajito y la he llamado detrás de la cuadra.

— ¿Vos también por aquí, viejo sueco, dijo la despañadilla. Andad con cuidado, no os peguen algun balazo en la cabeza. Yo no puedo entretenerme, tengo que ir á servir á esos señores que quieren tomar café.

— Y ¿por qué no champaña? pregunté yo. Sin duda serán muy amables esos señores, hermosa niña, porque echándoles flores engañan á las mujeres.

— Vos llegais hasta á ser bromista de mal género, dijo ella riendo; despachad y poneos en salvo.

— No te harán nada, repuse yo tocándole un poco las megillas.

— Eso no es de vuestra incumbencia, viejo hechicero, dijo nuevamente la viborita; si doy una voz, todos cuantos están en la sala acudirán en mi socorro. Yo no quiero tener nada que ver con vos.

— No tengas tan mal corazón, hija mía, dije á mi vez, sé buena muchacha, lléname esta cantimplora y tráemela aquí. En los malos tiempos que atravesamos, es menester hacer algo en favor de los amigos. El diablillo me arrancó entonces la cantimplora de la mano y dijo:

— Aguardad, pero no os movais de aquí; y al decir esto, partió llevándose los cántaros. Un instante después, volvió trayéndome la cantimplora llena de aguardiente anisado. En el fondo Rebeca es una buena muchacha. Al entregarme el licor me dijo:

— Si vais á ver á los jóvenes señores del castillo, decidles que las gentes que están en la sala tienen un terrible miedo á su artillería, que nos han preguntado si hay algun cañon en el castillo, y yo les he contestado que tengo entendido que debe haber allí una pieza de campaña de grueso calibre.

Después de haber adquirido estas noticias, me he venido, y deslizándome por la zanja, he pasado por el lado de los hombres armados con hoces colocados de avanzada detrás de nuestro corral. Cuando he estado á cien pasos de distancia de ellos, he echado á correr con todas mis fuerzas, perseguido por sus imprecaciones. Hé ahí todo lo que sé.

— Esta idea de achicharrarnos es bastante desagradable, dijo Fink; porque si saben bien su obligación como incendiarios, podrán ahumarnos á su gusto, como si fuéramos tejones.

— El umbral es de piedra y la gruesa puerta está muy elevada, dijo el guardabosque.

— Yo no temo las llamas, sino el humo y el resplandor, contestó Fink. Si iluminan las ventanas, nuestros tiradores acertarán menos todavía en el blanco. Es una felicidad para nosotros esos señores jefes enemigos montados en sus galápagos ingleses, no hayan tomado nunca hasta ahora otras plazas fuertes que las que estaban defendidas por un cotillon. Coloquemos toda nuestra fuerza en el frente del castillo, y no dejemos detrás mas que la gente puramente necesaria. Tengamos confianza en la mentira oficiosa de Rebeca.

Se distribuyeron nuevas municiones y se dió otra colocación á la milicia del castillo. Se aumentó la fuerza que había en la torre, en el cuarto bajo y en el cuarto principal, como también en la plataforma. El forjador se encargó del mando del cuarto bajo, y Antonio del cuarto principal. En cuanto al guardabosque, quedó de reserva con una pequeña fuerza. Ya era tiempo de adoptar aquellas disposiciones, porque se oyó de nuevo un fuerte murmullo, las voces de los jefes, los pasos de los hombres que se acercaban y el rodar de los pesados carros.

— Economizad las balas, gritó Fink, y no dispareis mas que sobre los que se acercan á la puerta.

Las carretas resguardadas con los cobertizos de tablas adelantaron nuevamente. Se oyó una voz de mando en polaco, á la que siguió un vivo fuego del enemigo, dirigido esta vez exclusivamente á la puerta de entrada y á las ventanas de los lados. Las balas fueron á estrellarse con estrépito contra la puerta y el muro. Mas de una se abrió paso por las puertas-ventanas y fué á clavar en el techo pasando por encima de las cabezas de los defensores.

Fink llamó al guarda y le dijo:

— Querido viejo, es necesario que deis un golpe de mano. Vamos, formad vuestra gente cerca de la puerta trasera, abridla, dad la vuelta sigilosamente al castillo, y atacad por el flanco á los enemigos colocados detrás de las tres carretas que han acercado mas á nosotros. Caed con ardor sobre esos imprudentes, y si apuntáis bien, podeis exterminarlos á todos. Las carretas no es-

tán cubiertas, y teneis todo el tiempo necesario para volver á entrar antes de que les llegue socorro por detrás. Obrad con prudencia y prontitud. Cuando sea necesario desembocar por detrás del muro, yo os haré señal con el silbato.

El guardabosque reunió su gente y corrió al patio. Fink fué al encuentro de Antonio al primer piso. El fuego del enemigo era cada vez mas vigoroso.

— Ahora esto se pone excesivamente serio, dijo Antonio. Nuestros milicianos también empiezan á animarse.

— El peligro se va acercando, exclamó Fink señalando, por una claraboya, una alta masa informe que avanzaba lentamente.

Era esta un ancho carruaje cargado de paja hasta una gran elevación; guiado por una mano invisible, llegó hasta el centro de la fachada.

— ¡Amigos míos, eso es un brulote! se ven brillar encima los sacos de paja preparados al efecto. Su intención es bien conocida. se apoyan en la lanza impeliendo el carruaje hácia la puerta. Este es el momento de apuntar bien. Ninguno de los miserables que impelen esa máquina debe escapar con vida.

Subió precipitadamente la escalera que conducía á la torre, y gritó á los hombres apostados en la plataforma:

— Todo depende ahora de vosotros; en cuanto veais á los que hacen avanzar el brulote, haced fuego. Tirad sobre cada cabeza, sobre cada pierna que descubrais. Es necesario matar á todos los que impelen ese carruaje.

Este avanzaba lentamente. Fink levantó su escopeta de dos cañones y apretó la culata contra sus megillas. Dos veces apuntó, y otras tantas descontento de su puntería se detuvo. El carro estaba cargado en tal disposición que era materia imposible distinguir á los hombres que lo movían.

Hubo por todas partes un momento de mortal ansiedad; el fuego de los enemigos cesó igualmente; todas las miradas estaban fijadas en el sosegado carruaje que debía poner un sangriento término al combate. Al fin se apercibieron las espaldas de los últimos agresores que sostenían el extremo de la lanza del carro. El fusil de Fink disparó un doble tiro y en seguida se dejaron oír dos gritos penetrantes.

El carruaje se detuvo, los hombres que estaban detrás se arremolinaron y en el suelo se distinguieron dos bultos negros. Fink volvió á cargar su arma, y una sonrisa feroz asomó á sus labios. Los enemigos contestaron á sus tiros haciendo una fuerte descarga contra la torre. Uno de los hombres apostados en ella, herido en el pecho, soltó su arma que cayó por encima de la muralla y rodó estrepitosamente por el suelo.

Fink dirigió apenas una mirada al hombre que había caído á sus pies y puso una segunda bala en el cañon de su fusil. Algunas figuras salieron de la oscuridad precipitadamente y se acercaron al carro. Se oyó una fuerte voz que los animaba, y la máquina se puso de nuevo en movimiento.

— Esos valientes, murmuró Fink, están todos destinados á morir.

Se distinguía mejor á los hombres que impelían el carruaje. Fink apuntó de nuevo y las balas volaron una tras otras desde la torre contra la lanza. Se oyeron nuevos gemidos, pero el brulote avanzaba impune. No estaba ya mas que á treinta pasos de la puerta, cuando de repente un prolongado silbido resonó en la oscuridad: se hizo desde las ventanas del primer piso una fuerte descarga, y se levantó hácia el lado de la casa una espantosa gritería.

El guardabosque avanzó de improviso y cargó á la cabeza de algunas negras sombras contra el cobertizo de planchas de madera que estaba mas próximo al ángulo del castillo. En un instante llegaron á las manos y se dispararon algunos tiros. Los enemigos sorprendidos se desbandaron. Por tercera vez el doble fogonazo de lo alto del castillo dió en el timon del carruaje.

Sobrecogidos de un pánico terror, los hombres ocultos á la sombra del mismo volvieron grupas y buscaron su salvación en las sombras de la noche. Pero esto fué fatal para ellos. Privados de defensa los desgraciados fueron víctimas de las balas lanzadas desde lo alto de la torre y de las ventanas del piso principal. Las gentes del castillo concieron que mas de un fugitivo caía aplomado al suelo. Gritos de cólera se dejaron oír detrás de ellos; una línea negra avanzó á paso de carga para recoger los dispersos.

Entonces empezó un fuego general de masas contra el castillo. El enemigo se retiró con la misma velocidad que había avanzado. Recogió los muertos y retiró las carretas hasta ponerlas fuera de tiro. Solo el brulote permaneció todavía á algunos pasos de la puerta. El fuego cesó y un sombrío silencio sucedió al mortífero combate.

Antonio se reunió á Fink en el vestíbulo del piso principal. El guardabosque se presentó también en seguida. Cada uno de los amigos procuró en silencio reconocer á favor de la débil y vacilante claridad si alguno de ellos estaba herido.

— Perfectamente, guardabosque, exclamó Fink. Procurad ver al baron y dadle parte de lo ocurrido.

— Y rogad á la señorita Leonor que os facilite los medios para arreglar un vendaje. Hemos sufrido alguna pérdida, dijo Antonio tristemente, y señaló en el vestíbulo dos hombres apoyados en la pared, que daban grandes quejidos.

— Aquí tenemos todavía un tercero, contestó Fink, señalando un cuerpo que dos hombres bajaban lentamente por la escalera de la torre. Temo que ese hom-

bre esté ya muerto; estaba á mis pies como un pedazo de madera.

— ¿Quién es? preguntó Antonio estremeciéndose.

— Borowski, el sastre, contestó á media voz uno de los que le conducían.

— ¡Qué noche tan terrible! dijo Antonio desviándose.

— Es necesario no pensar ahora en eso, dijo Fink; la vida tiene tanto precio cuanta es la fuerza de alma necesaria para salir adelante en el momento oportuno. Lo que hay mejor para nosotros es que hemos podido desviar del castillo esa gran antorcha incendiaria; los bribones podrán todavía conseguir pegarle fuego, pero en el sitio en que se encuentra, no causará mucho daño.

En este momento, una brillante claridad penetró por las troneras de la torre. Todo el mundo se abalanzó á las ventanas. Se elevó por detrás del carruaje una deslumbradora llama y la pesada masa saltó con estrépito contra el muro del castillo. Un hombre solo apareció entonces detrás del brulote: una docena de fusiles se apuntaron en el acto sobre él.

— Deteneos, gritó Fink con penetrante acento, respetadle, es un valiente; el mal está ya hecho.

— Gracias, caballero, hasta la vista, contestó una voz desde abajo, y aquel hombre librado milagrosamente de la muerte desapareció en la oscuridad.

En un abrir y cerrar de ojos el carro estuvo completamente encendido; de la paja, de los hazes de leña de que estaba cargado se levantaban serpenteando amarillas llamas y blancos cohetes voladores se elevaban estallando en todas direcciones. De pronto una súbita claridad iluminó todo el castillo, y grandes torbellinos de humo penetraron por las destrozadas ventanas.

— Eso es pólvora, gritó Fink. ¡No os asustéis, amigos míos! Rechazaremos al enemigo si nos ataca de nuevo. Tú, mira si puedes dominar el fuego.

— ¡Agua! gritaron todos. Mirad, todo el marco está ardiendo.

Por fuera resonaron nuevas órdenes de los jefes insurgentes. Se oyó un redoble de tambor y el enemigo se acercó al castillo formando una dilatada línea de tiradores. El fuego de estos empezó nuevamente para impedir la extinción del incendio. Llenaron de agua el gran tonel que había en el patio, la subieron y la emplearon en apagar la llama de la ventana. Esta empresa era arriesgada, porque el frente del castillo estaba iluminado, y los tiradores, avanzando siempre con mayor atrevimiento, hacían fuego sobre todo el que se presentaba.

Los defensores miraban la llama con inquietud y contestaban débilmente al fuego de sus adversarios. Los que guardaban el corral miraron también con mayor cuidado á su espalda que á su frente. El desorden se hizo general, el momento supremo del peligro había llegado. Todo al parecer estaba perdido.

Un hombre gritó desde lo alto de la torre:

— Vienen del pueblo con escalas y traen hachas en las manos.

— Quieren saltar por la empalizada, rompen las ventanas del cuarto bajo, gritaron confusamente los atemorizados defensores.

El guardabosque se precipitó en el corral. Fink llevó consigo algunos hombres y se dirigió hácia el lado de donde se aproximaba la turba con las escalas. En medio de los gritos lanzados de todas partes, la estentórea voz de Fink no podía hacerse oír.

En este momento algunos hombres provistos de pértigas se precipitaron contra la puerta para asegurarla.

— Dejad el paso libre, gritó un hombre de anchas espaldas. Abí hay trabajo especial de forjador.

Este hombre abrió el cerrojo de la puerta. La entrada estaba enteramente obstruida por el carruaje que ardia. A pesar del humo y de las llamas, el forjador removi6 con una pesada pértiga la leña encendida del carruaje.

— Ayudadme, poltrones, gritó con violencia.

— ¡Tiene razon, gritó Antonio, adelante!

Llevaron tablonés y lanzas de carro; los hombres avanzaron con ardor sin dejarse arredrar por el humo y procuraron levantar la abrasadora masa de combustible. Varias veces se vieron obligados á retroceder, pero fueron conducidos nuevamente á la carga por el forjador. Al fin consiguió echar al suelo algunas faginas encendidas, viéndose á través del humo el azulado cielo. Una corriente de aire hizo que el humo fuese menos espeso y menos sofocante.

— Ahora ya hemos conseguido nuestro objeto completamente, gritó; y los tizones encendidos rodaron uno tras otro por el suelo donde se consumieron sin causar el menor daño. El carro fué descargado con la mayor rapidez y cayeron de él colchones de pluma y hazes de leña.

Antonio hizo cerrar la puerta por mitad, porque las balas enemigas pasaban á través de las llamas del carro; los sitiados tuvieron que trabajar con las alzaprimas de medio lado.

Las cortinas cayeron carbonizadas; los trabajadores prorumpiendo en gritos de alegría hicieron uso de sus espeques y arrojaron los restos del brulote á algunos pasos de distancia de la entrada. En seguida cerraron la puerta, y los sitiados ennegrecidos por el humo y los vestidos casi quemados se felicitaron grandemente por el éxito de su empresa.

— Una noche como esta hace nacer sólidas amistades, dijo el forjador lleno de gozo; y en la expansión de su alegría cogió la mano de Antonio que estaba menos ennegrecida que la suya.

(Se continuará.)

Los indios

DE LOS ESTADOS UNIDOS.

(Continuacion. — Véase el número 834.)

Parece un rasgo del tiempo de la caballería, una página de una novela de la edad media: este rasgo pinta á los indios.

Los indios son valientes hasta la locura y ávidos de proezas. El amor y la gloria les aguijonean sin cesar, y en un momento dado les hace capaces de los rasgos mas atrevidos. ¡Así es de ver cómo se enorgullecen con su fama, y cómo conservan los testimonios palpables de su legitimidad! Estos testimonios se cuentan, y ellos tienen mucha vanidad en hacerlos palpables. Con efecto, los indios también conquistaban banderas al enemigo, y así como nosotros colgamos estos trofeos de las bóvedas de nuestros edificios, ellos los cuelgan en los sitios de sus cabañas que están mas á la vista. Pero estas banderas... son cabelleras... ¡El escalpelo! Horrible costumbre de esos indios bravos.

Horrible es en efecto, mas no especial á su raza, como ha querido decirse.

El padre de la historia, Herodoto, habla de ella en su primer libro, y dice estaba esparcida en una de las naciones mas numerosas del antiguo continente, los escitas. «Para desollar una cabeza, dice Herodoto, el escita practica primeramente una incision al rededor del cráneo hácia los oídos, y asiéndola por arriba, arranca la piel sacudiéndola. Luego amasa esta piel entre sus manos, despues de haber arrancado toda la carne con una costilla de buey, y cuando la ha puesto bien blanda, la emplea como una servilleta. La cuelga de la rienda de su caballo, y se enorgullece mucho con este trofeo, pues cuantas mas servilletas de estas puede tener un escita, tanto mas valor se le supone.»

Digamos ahora seguidamente cómo practican esta operacion del escalpelo los indios de los Estados Unidos.

«Los indios escalpelan con un cuchillo ó



La-hull-du-a-sho-du, jefe de los grandes Pawnees.

Para ellos no tiene otra significacion el escalpelo.

R. DE S.

El barre-nieve.

Hasta ahora el invierno no ha mostrado sus rigores: las lluvias han hecho que los rios salgan de madre, pero aun no hemos tenido heladas, y la nieve no ha cubierto aun las calles de Paris.

Sin embargo, en algunos departamentos del Este, el frio es mucho mas vivo, gracias á las montañas que los cubren, y ya hay rios helados, y el cauce de los torrentes solo se conoce por una larga banda de témpanos acumulados.

Las selvas de abetos de los Vosges, del Doubs y del Jura desaparecen bajo la nieve. Los árboles parecen gigantescos obeliscos de mármol blanco, con sus ramajes cubiertos de escarcha ó de copos.

Cuando la nieve es abundante en el Jura, cuando ciega los valles y se eleva á veces hasta una altura de algunos metros, el viajero no tiene para guiarse mas que unos grandes postes plantados á lo largo del camino, los cuales suelen desaparecer también bajo la nieve, en cuyo caso el desdichado caminante no puede hacer mas que fiarse en su buena estrella, pues nada le indicará el

con un hueso cortante, dice M. Duffot de Mafra. Circunscriben la frente y la piel encima de las orejas, prolongan luego la incision hasta la parte inferior del cuello entre los dos omoplatos, y entonces agarran fuertemente por detrás el pedazo de carne, y apoyando el pié en los hombros del enemigo tendido boca abajo, arrancan de una sola pieza toda la piel cabelluda. Por último, secan esta piel, la curten en el interior, y en sus fiestas los guerreros llevan con orgullo á la punta de una vara estos horribles trofeos...»

¿Qué diferencia hay entre las dos operaciones? El procedimiento es igual, y tanto los escitas como los indios tienen á honor los trofeos: no cabe duda pues, en el antiguo como en el nuevo mundo se ha escalpelado.

La costumbre es horrorosa, lo repito; pero no nos abandonemos demasiado á la indignacion nosotros los europeos. Apenas hace dos siglos se veian en Europa iguales crueldades. Hé aqui lo que leo en el artículo *Húsares* del Diccionario de Moreri:

«Húsares, milicia húngara de caballería que se viste de un modo extraño, y monta caballos briosos é incansables: cuando los húsares vuelven de la guerra, su general les da tantas monedas de plata como cabezas traen...»

¿Qué es mas bárbaro, traer cabelleras no mas ó cabezas?

Pero sin ir tan lejos, aun en nuestros días, ¿no traemos nosotros las banderas de los vencidos manchadas con la sangre de sus defensores? ¡Y Dios sabe el orgullo que esto nos inspira! Sin embargo, ¿cuántos escalpelos representa una sola bandera arrancada á un enemigo vigoroso, y qué diferencia hay entre traer en triunfo veinte cabelleras que indican la muerte de veinte enemigos, ó una bandera cuya defensa ha costado la vida á un centenar de hombres, y la humillacion de dos mil?

Por consiguiente, no tenemos derecho para sacar en conclusion de la crueldad de esta costumbre del escalpelo, que son crueles las costumbres de los pueblos á que nos referimos.

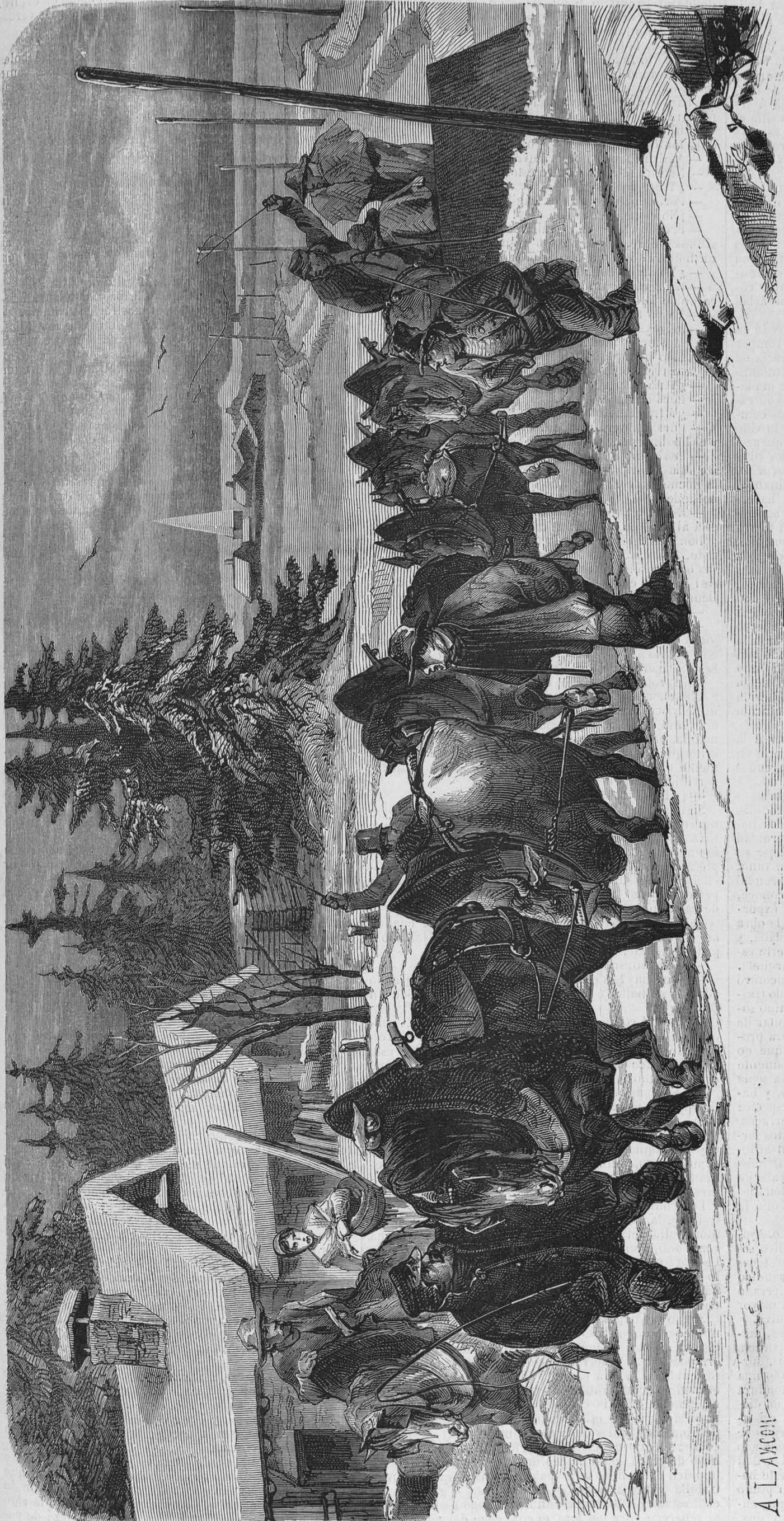
Hay que tener en cuenta que son unos pueblos esencialmente guerreros, y que como ante todo buscan la gloria, quieren demostrar que la han encontrado mediante el número de cabelleras conquistadas en el campo de batalla.



Ps-ta-ui-sho-a-du, jefe principal de los grandes Pawnees.



Ma-ta-sa-bi-tchi-a, jefe de los Yaakton-Sioux.]]



El barre-nieve, empleado en los caminos del departamento del Jura.

A. LACEN

camino si se pierde. Sin embargo, el hombre lucha cuanto le es posible contra la naturaleza, y á fin de desembarazar en parte á los caminos de la nieve que los cubre, hay *costumbres* que se conservan de tiempo inmemorial, gracias á los servicios que han hecho y continúan haciendo todos los años.

Enganchan varios caballos á un trineo cuya parte delantera tiene la forma de un triángulo, y á su paso la nieve se desvia y queda el camino libre para los carruajes y la gente: para este servicio se embargan caballos, y sus dueños reciben á razon de diez céntimos por hora y por caballo.

Cuando la capa de nieve es muy densa, cargan sobre la parte de detrás del trineo una porcion de piedras que le mantienen sobre el suelo.

No solo en el Jura se hace esta operacion tan interesante para los que habitan esas comarcas, pues se aplica tambien, sin que nadie proteste, en los departamentos del Doubs, de los Vosges y del Meurthe. Cuando el pesado vehículo llega á una aldea, desenganchan los caballos, y otros caballos frescos y otros hombres continúan este barrido, que deja en pos de sí un ancho surco negro en medio de la blanca nieve. A. L.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL

POR DON EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— Si, mi amo, contestó José.

Los únicos concurrentes á esta ceremonia, fuera del neófito y del catequista, eran ñor Elias y el venerable Ayacucho, incompetentes por cierto para juzgar de las ventajas que sacarian los indios de separarse del catolicismo. Luego que observó don Demóstenes las labores y copió algunas en su cartera, se internaron en la inmensa selva, llevando ñor Elias siempre la vanguardia, José y don Demóstenes el centro, y Ayacucho la retaguardia.

Los cedros y nogales, los botundos y los ocobos de tan bellas flores, levantándose al cielo, daban al bosque un aspecto de agradable melancolía, que lejos de aterrorizar embelesaba, porque es un hecho que entre la naturaleza animal y la vegetal existen relaciones. El suelo estaba limpio en algunas partes, y en otras tupido de helechos, de bejucos y de largos tallos de la apreciable zarzaparrilla; en algunos sitios se hallaban como almacenados los montones de la fruta llamada castaña, cubierta de una cáscara parecida á la del cacao, que tiene la consistencia y el sabor del baba. El baquiano recogió unas cuantas de estas frutas en su mochila, y admirado de su abundancia, dijo:

— ¿Sabe, patron?

— ¿Qué cosa?

— Que por aquí hay tigre, porque los cafuches no han probado la cosecha de guáimaras y castañas, y es porque donde este ciudadano se pasea, ni lo piense que los cafuches se asomen; y mi compañero Límás tambien ha pasado por aquí.

— ¿Y no seria bueno volvernos, antes que venga la noche?

— Pero este tigre no está cebado. En las quinerías le topábamos el rastro siempre; pero no tuvimos que sentir nada de él; no se metió con nosotros para nada, aunque lo molestábamos.

— Pues sigamos, que la montaña me está gustando mucho... Es un tigre tolerante.

Continuó pues su viaje don Demóstenes, en tal silencio que ni las pisadas se oían. A medida que se internaban, la selva estaba mas oscura, como un templo á media luz, protegido por bóvedas silenciosas y elevadas. Mas no era la idea del tigre la que ocupaba á nuestro viajero: eran

los monumentos panches, y el recuerdo de esa belicosa nación, que se figuraba dispersa entre el gigantesco bosque que lo cubría.

— ¡Ay! decía, ¿qué monumentos nos quedan de esa populosa nación que cumplía su destino sobre la tierra como todas las que han existido?... Fiestas y figurillas despreciables, y unos geroglíficos que nadie puede descifrar. La ley, que protege á los negros, despoja á los indios, á esta raza noble á la que no se enrostra sino el ser maliciosa, que es el instinto de todo el que es perseguido. Entonces mas maliciosos en los goajiros, que no han permitido, haciendo uso de sus flechas y su veneno, que sus tierras sean repartidas.

Un aullido de Ayacucho que hizo retumbar todos los bosques, sacó al viajero de sus meditaciones, y en seguida oyó un ruido estrepitoso por entre las ramas de los estupendos árboles. Era el tropel de los ágiles zambos que corrían por las copas de los botundos y nogales con la velocidad del rayo, dando prodigiosos saltos en los palos que estaban separados, porque fueron sorprendidos en la ocupación de quitarles las tapas á unas como olletas, que encierran las almendras de un árbol llamado coco de monte.

Don Demóstenes, por mirar para arriba, se enredó en un bejuco de zarzaparrilla, y cayó con riesgo de romper la escopeta, teniendo en aquel conflicto la desgracia de perder los fósforos, lo que fué una verdadera calamidad. Mientras tanto los zambos se le alejaron de manera que no se alcanzaba siquiera á oír su ruido. Tontear y se desatinaba sin saber de los monos ni de sus compañeros, hasta que el ronco latido de Ayacucho lo vino á consolar. *Nor* Elías y José habían logrado flanquear á los enemigos, y aunque ellos se afanaron por los tiros de la bodoquera de José, y por los latidos de Ayacucho, estaban protegidos por la elevación en que caminaban, cuando una ligera detención que tuvieron para hacerles gesticulaciones, y para echar encima de los agresores palos podridos y pepas secas, rebullendo con fuerza los gajos, dió tiempo á la llegada del cazador en jefe, quien hizo fuego sobre una zamba que por ir cargada no podía andar tan aprisa.

La zamba no cayó de pronto, pero quedó mal herida, según la lentitud con que siguió desde entonces, y don Demóstenes hubiera hecho una carnicería completa si no hubiese perdido los fulminantes, porque el cuerpo de la expedición seguía muy despacio por esperar á la herida, subiendo algunos de sus individuos hasta lo mas encumbrado de los árboles, y dando desde allí muy tristes gritos, mientras ganaba camino el resto de la tropa. La zamba en ocasiones se cogía la pierna herida con las manos para poder andar, tomando la resolución de una heroína.

Por fin hizo un esfuerzo soberano para trepar á la elevadísima cumbre de un balso real, y al colocarse en la trifurcación de los gajos, se quedó quieta por algunos momentos; el zambito, aprovechando la quietud, se pasó adelante á tomar el pecho; la madre, por la posición estrecha, parecía que lo sostenía entre las rodillas y los brazos, y bajando hácia él su cabeza dió dos boqueadas y espiró. Parece que el instinto de maternidad fué el que le dió fuerzas sobrenaturales para dejar su hijo en salvo después de su muerte; pero fué en vano, porque *Nor* Elías, con su cuchillo de monte, emprendió el corte del árbol, que es el mas blando que se conoce, como que de él se forman las balsas en que se exportan todos los frutos del alto Magdalena. No duró la obra ni un cuarto de hora, porque José también ayudaba, y al caer el palo, el zambito no sufrió sino un fuerte estremecimiento, gracias á la configuración de la horqueta.

Corrió don Demóstenes á ver su presa. La encontró una pierna despedazada con una posta, y el costado traspasado con otra; sus últimas lágrimas habían caído sobre la cara del pequenuelo, que acababa de soltar de sus labios la fuente de su alimento. El cuadro era propio para detenerse sobre él aun otro corazón que no fuese el de don Demóstenes, que era verdaderamente compasivo, y que se había pronunciado contra la pena de muerte en todo caso. Estaba el paraje oscuro, y había un cadáver muy semejante á los de nuestra especie: la frente y los ojos de la víctima estaban entrecerrados, las orejas pálidas por el estrago de la muerte, los largos y encanutados dedos de la mano apretaban al infante contra su pecho: todo le representó á don Demóstenes la imagen de una mujer madre, que acaba de espirar entre los brazos de su inocente hijo. Don Demóstenes se enterneció, y entre su corazón abolió la pena de muerte para los monos.

En seguida se practicó otro acto no menos tierno. Ayacucho había cargado en Bogotá un mico diabólico sobre sus espaldas, y ahora llamándolo, don Demóstenes le puso encima el zambito, el cual al ser desprendido de la lana de la zamba, de que había estado aferrado como trementina, dió un triste gemido, y con la mayor inocencia se agarró de la lana de su padre adoptivo.

Después de esta función sería por tantos motivos, des envolvió José una servilleta en que la oficiosa Manuela había acomodado carne, algunas viandas cocidas, bizcochos y dulce, y comió don Demóstenes, dando una parte á sus compañeros. *Nor* Elías bajó á una hondura y trajo, en un cañuto de guadua de una cuarta de diámetro que cortó con su cuchillo, agua dulce y cristalina, y otro cañuto repleto de miel de abejas, sacado de un colmenar que, según dijo, había dejado ya señalado su compañero *Limas*. Se encontró por casualidad don Demóstenes dos fulminantes en sus bolsillos, y este hallazgo lo animó á continuar la correría hasta un punto mas distante, donde *Nor* Elías le había dicho que encontraría las pavas. Dicho y hecho, allí estaban dos,

donde el baquiano había indicado, y disparando don Demóstenes, cayó una; la otra los hizo subir mucho trecho sin éxito favorable; y viendo que eran ya las tres y media de la tarde, y que se habían retirado demasiado, como lo indicaba la existencia de la quina y de la boba, pasando la cañada para bajar por una loma distinta, empezaron á caminar á paso largo á fuerza de trochar, porque la selva se hacia á cada paso mas impenetrable.

El baquiano se había puesto un poco indolente, y viéndolo tontear, le preguntó don Demóstenes:

— Amigo Elías, ¿qué lo lleva á Vd. tan pensativo?

— Nuestra salida de entre estos montes de Dios.

— ¿Y eso por qué?

— Porque la memoria es frágil, mi caballero.

— ¡No comencemos con esas!

— Pero lo que es salir, salimos, aunque sea mañana, si Dios quiere. Yo he pasado algunas noches al pié de un botundo ó de un higuero raizado.

— ¿Y qué ha comido usted?

— He sacado candela, he tostado castañas y asado carne de lo que mis perros han cogido.

— Yo no tengo esa vocación.

— Pero ya verá, patron, que el cazador se obliga á eso y á mucho mas... Pero si Dios quiere, si salimos, rochando ligero y no perdiendo el tiempo ni el talento de la corriente de las quebradas.

— ¿Y no queriendo Dios?

— Pues entonces no salimos.

— ¿Y trochando ligero?

— Pues ahí verá, patron, que como dice el dicho: «el hombre pone y Dios dispone.»

— Vea cómo nos saca del monte, y déjese de teología, *Nor* Elías; porque Vd. se obligó á servirme de baquiano, la noche se acerca, y yo no quiero dormir al pié de un botundo.

— Así es, patron; pero ya verá sumercé que ninguno está al cabo de los contratiempos.

Don Demóstenes bajaba pensativo, *Nor* Elías avergonzado, José desconfiado y Ayacucho molesto con sus nuevas obligaciones, cuando se oyó muy á lo lejos un eco casi perdido entre los bosques, que hizo exclamar á don Demóstenes:

— ¡Tierra! muchachos.

— Es grito de gente, dijo el baquiano; pero muy lejos, y para llegar hay mucho que trochar, y si la Virgen no nos ayuda, todavía quién sabe; bien es que de la misericordia de Dios es malo á ratos desconfiar.

Volvieron á callarse los cazadores, y todo su empeño estaba en andar. Por fortuna no dieron con cañadas ni pedriscos, pues aunque tupido el bosque, el terreno era llano, y cuando se hallaron en una pequeña eminencia, pararon por ver si sonaba otra vez el mismo grito que tanto los había consolado. Oyeron efectivamente una voz ya inteligible, y aunque con dificultad, percibieron que decía:

— ¡Ah infames! ¡ah malvados! ¡ah pícaros!

Signieron en la misma dirección por una estrechísima senda que la casualidad les brindó; aunque José tuvo que quedarse un poco atrasado para sacarse una espina de guadua que se le atravesó en la planta del pié derecho, tomando la vanguardia el infatigable Ayacucho; mas este se resistió á pocos pasos con cualquier pretexto, y *Nor* Elías siguió á la cabeza con sus ínfulas de baquiano.

Peró no habrían caminado media cuadra, cuando *Nor* Elías, que se había adelantado, dió un lastimoso grito diciendo:

— ¡Socorro, socorro!

— ¿Qué hay? le preguntó don Demóstenes corriendo adonde se hallaba Elías, á quien halló colgado de un pié.

— Que mi compañero *Limas* sabe mas que yo, porque me ha cogido en una de sus trampas. Me tiene colgado de una pata, nada menos... corte sumercé esta soga ó bejuco con su cuchillo; pero no le hace, que arrieros somos y en el camino nos toparemos.

— ¿Y si das en el suelo muy recio?

— Eso no es tan malo como estar colgado uno de la pata.

Entonces cortó don Demóstenes un hilo muy duro, y cayó el baquiano sonando como una piedra. Después les explicó que aquello era una trampa de lazo que se ponía para coger venados ó cafuches, y algunas veces tigres, y hasta ladrones.

Les contó también que en una parroquia llamada Quipele, la habían puesto para guardas, en tiempo del monopolio del aguardiente, y que habían cogido una vez á uno, poniéndole en una senda una tinaja porcebadera; y á otro, á un soldado licenciado cabalmente, lo habían cogido de la garganta del pié, haciéndole romper las botellas de aguardiente que había decomisado en otra estancia.

Según las largas explicaciones del baquiano, don Demóstenes comprendió que la trampa de lazo es una cimbra fuerte, hecha por lo regular de una vara de *arrayan bejuco*, enterrada de una punta, y templada ó sostenida de la otra por una cuerda que está sujeta por el medio de una trabilla de cuatro ó cinco pulgadas, de un gancho de palo clavado á boca de tierra; de esta trabilla ó crucero está pendiente un lazo de un torzal de fibras de palmas de cuesco semejantes al alambre de cobre; el lazo queda encubierto ó disimulado en un hoyo de cinco dedos de profundidad, en el cual están también extendidos unos palos ó astillas que tocan la trabilla y la hacen zafar del garabato ó gancho, del cual estaba pendiente la cimbra, y luego dicha cimbra, al rehacerse, tira del lazo, el cual coge del pié ó brazo

al animal que la ha tocado, y lo deja colgado en el aire. Volvieron los cazadores á oír otras voces mas cercanas, que claramente decían:

— ¡Ah pícaros! ¡ah ladrones!

Pronto se les puso el monte mas tupido con árboles que estaban entrelazados, y bejudadas tan densas como enredadas de intento; y al salir por entre unas matas de platanillo, á lo que los viajeros las rebulleron, una piedra cayó con grande ruido, y oyéronse unas voces diciendo:

— ¡Condenados! ¡allá les va piedra!... ¡Urria!

— Son las guardianas, dijo *Nor* Elías, que cuidan de lo que es suyo.

No acababa de decir esto *Nor* Elías, cuando otra piedra acompañada de iguales imprecaciones cayó sobre la culata de la escopeta, dejándole una señal profunda.

— Es una guerra esta tan injusta como contraria al derecho de gentes, sin previa declaratoria y sin reglas ningunas. Sería bueno que nos anunciásemos, dijo don Demóstenes.

— ¡Somos cazadores perdidos! gritó *Nor* Elías.

— ¡Sigan! contestó una voz delgada y al mismo tiempo agradable, sigan, que se les mostrará el camino.

Al oír esto los viajeros siguieron detrás de *Nor* Elías, y á las cuatro ó seis varas de distancia, dieron con una sementera de maiz y el baquiano les dijo:

— Esta es la roza de mi compañero *Limas*, según me parece.

Por entre el maizal y los troncos mal quemados, y á veces por entre la yerba y los tiernos bejudos, llegaron por fin á una especie de teatro de palos, erigido sobre ocho varas, formando cuatro costados en forma de X, con sus escalas de varas bastante apartadas unas de otras. La elevación total sería de cuatro varas castellanas por lo menos. Una jóven de ojos expresivos y rasgados, de pelo negro, corto y muy crespo, de camisa muy sencilla y un pañuelo anudado en la garganta en forma de manto de las damas muiscas, era la que presidía esta fortaleza tan singular.

— ¿Por dónde hallaremos nuestro camino? le preguntó don Demóstenes á la jóven.

— Suba aquí á la *garita*, que desde aquí le mostraré lo que solicita usted.

— ¿Por estos palos? ¡Imposible! dijo don Demóstenes, probando á subir sobre las dos primeras gradas.

— ¿Cómo yo subo, y soy mujer?

— Eres mujer, contestó el viajero, y bien graciosa; pero eres educada entre las selvas, por eso puedes llevarme algunas ventajas.

— ¿Y no sube? repitió la guardiana, soltando la risa.

— ¿Si tú me hicieras el favor de bajar?... ¿y cuáles son los enemigos que...?

— Las guacamayas, los loros, las catarnicas, los pericos grandes, los pericos chillones, los pericos cascabelitos, que todos son de la comparsa de los del pico redondo. Ahora las guapas, los lulúes, los cauchaos, los toches; mas los micos, los cuchumbies, los ulamáes, las arditas, y un sinnúmero de los de cuatro patas... ¡Y véalos allá!... ¡Ah cochinos! ¡ah pícaros! ¡ahí les va piedra! ¡Urria!

Y diciendo esto, de su honda que había girado como tres ocasiones, se despidió una piedra zumbando por los aires como una bala agujereada.

— ¡Toma, demonios! dijo entonces la centinela, con un aire de propia satisfacción que la hacia cada vez mas graciosa á los ojos de don Demóstenes, quien quitándose las botas, con el auxilio de su criado, iba ya trepando por el remedo de escalera.

— Me ibas matando, valerosa guerrera, le dijo el forastero: mira una marca de una de tus pedradas.

— Con eso se acuerda de la guardiana Pia.

— ¿Pia te llamas?

— Una criada suya.

— Creo haber oído nombrarte, no sé cuándo...

— Tal vez.

— ¿Y cómo es que te hallas en este oficio?

— Mi suerte que lo ha querido.

— ¡Ah, sí! eres desgraciada... Recuerdo haber oído algo de tu historia, por incidencia, en un baile de la parroquia.

— Desgraciada como no hay otra en el mundo, contestó Pia, con los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Y qué era lo que me ibas á mostrar desde aquí encima? le preguntó don Demóstenes, por apartarla de los recuerdos dolorosos á que la había conducido.

— Pues vea la parroquia, vea otra parroquia allá en aquel humo, vea las cañas de la Soledad y un pedazo de las ramadas; vea una estancia del trapiche del Retiro.

— ¡Oh preciosa guardiana! el ángel malo subió á Jesucristo sobre un monte, desde donde le mostró todo el mundo; tú me muestras también mucho mundo; tú serás mi ángel bueno. Yo no me olvido de los infelices que me socorren cuando las revoluciones ó los caprichos de la suerte me ponen al arbitrio de ellos. Espero poder servirte algun día, porque tengo un corazón liberal.

— Muchas gracias, señor... Ahora vea el camino que ha de llevar. Se baja hasta aquella cañada, rodea aquel cerrito, pasa por aquel rancho que apenas se columbra allá entre las matas, y á poco ya está en la parroquia: pero eso sí, llega con la noche; la fortuna que ahora hace muy buena luna.

A cada paso interesaba mas la guardiana á nuestro viajero. Sus actitudes, su desembarazo y el puesto que ocupaba se la hacían ya mirar como una heroína de novela de los desiertos, aun cuando no era sino la *rigida historia*. Se bajó el caballero de la fortaleza de pa-

los, y á poco rato lo alcanzó la sostenedora y le dijo: — Ahora que los loros se han quietado, voy en tanto á llevarlo á casa, porque por ahí es por donde sale al camino, y que allá tengo qué darles, aunque sea guarapo y una mazorca asada, ó lo que se pueda.

Iba Pia de baquiana, y don Demóstenes la seguía de cerca. Había veces en que era menester caminar por las empalizadas, y entonces llevándolo Pia de la mano, salía con bien. De pronto oyeron una voz que decía:

— ¡Upi, Upi!

— ¿Qué significa eso, guerra también? preguntó don Demóstenes.

— Es que mi mamá piensa que es el zorro, porque la pisca y las dos gallinas se asustaron con nosotros.

— ¿Y también lo ahuyentan con la honda?

— No tenga cuidado, caballero: mi mamá está de baja por el vejigon, y no puede tirar hondazos.

VIII.

LA CASA DE UN CIUDADANO.

Don Demóstenes y sus dos compañeros habían llegado á la casa de ñor Dimas, atraídos por los gritos de la guardiana Pia. Aquella era una de las estancias mas separadas de la cabecera del distrito, colocada en una falda del gran bosque que ciñe la cordillera oriental de los Andes por la parte del Occidente.

No consistía el establecimiento de ñor Dimas, sino en una pequeña labranza de menos de una fanegada, en la cual se hallaba una roza de maíz del tamaño de una cuartilla, esto es, el área que se siembra con una medida de media arroba de semilla de maíz. También había unas pocas matas de plátano guineo, y un cuadro alfombrado con las plantas bejucosas que producen las ahuyamas, batatas y calabazas. Lo demás era rastrojo, esto es, un enjambre de arbustos y bejucadas que se levantan á reponer los árboles que han caído á los golpes de los machetes y del hacha. Los costados de este hueco de la montaña se veían como cercados por los troncos de los botundos y cedros, que parecían desafiar las herramientas que habían dado en tierra con los miembros de sus familias.

En contorno del establecimiento de que hablamos no había mas que la casa de un vecino llamado Juan Solano, que estaba á tres cuartos de legua, por la cual pasaba la senda del eterno bosque ó montaña, como se denomina por los vecinos.

La casa, que llaman rancho los estancieros pobres, era una enramada cubierta de palmicha, sumamente aplanada de techo, dividida en dos departamentos por medio de un tabique de palma, elemento de que se componían las cuatro paredes de este cuarto, llamado el aposento por sus moradores; este no pasaba de siete varas de largo. La otra mitad del edificio gozaba de la plena luz del día, no teniendo pared ninguna; servía de comedor, sala, granero y cocina; y aquí estaba colocado el fogón, notable á la verdad por la sencillez de la fábrica, que no consistía mas que en la buena colocación de tres piedras areniscas de poco tamaño. La piedra de moler, que era un guijarro de cinco arrobas de peso, estaba al lado suspendida sobre una tijera de tres palos de corazón, á una altura proporcionada para que la molendera funcionase de pié. Un grueso tarro de gradua de cinco cañutos estaba amarrado del mas ancho de los estantillos de la enramada, de cuyo fondo se levantaban por minutos ruidos sordos á manera de truenos, siendo estos efecto de la fermentación del guarapo que allí estaba envasado. Una troje de maíz estaba formada en uno de los ángulos con tarimas ó atajadillos de guadua picada. Dos machetes, un hacha y dos azadones estaban colgados al lado de la troje.

En el aposento había dos barbacoas en forma de camas; la una de varitas de resino, y la otra de guadua picada, debajo de las cuales estaban instaladas dos cuecas, y algunas viandas y trastos mas ó menos necesarios. Una cruz de ramo, ó de hojas de cogollo de palma y dos láminas de santos, la una de la Virgen del Rosario, y la otra por su vejez, hacían lo que llaman altar las gentes pobres de las estancias, del cual parece que no hacían uso los propietarios.

En el patio se levantaba un papayo de altura prodigiosa, ostentando debajo del paraguas de sus hojas, un capitel erizado en contorno de sus sabrosas frutas. Una vara que se alzaba del centro de las espinosas hojas del cactus que da las fibras que llamamos fique, como una azucena de en medio de una taza, blanqueando con sus flores espirales, hacía un contraste admirable con la columna vegetal que presidía las decoraciones. Cuatro matas de café y otras tantas de ají ostentaban sus frutos maduros junto á los verdes y á las flores, que cedían al peso de los racimos. El solitario desmonte estaba regado por un chorro que murmuraba debajo de las bejucadas y ramas con un rumor venerable como el de la pila principal de un convento, y cruzado por una senda apenas hollada por la planta de dos mujeres que acudían á lavar ó á cargar agua.

Dos personajes conversaban en el rancho de que hemos hablado, mientras que otros dos habían bajado al chorro ó pequeña quebrada, y eran la dueña de la casa, llamada Melchora, y el huésped de la señora Patrocinio. La señora Melchora tenía cuarenta años, pero representaba cincuenta, era alta, delgada, de tez macilenta y ojos apagados, rodeados de manchas oscuras; estaba desgranando maíz cerca de la troje, con un pié

estirado, sobre el cual estaban extendidas algunas hojas de higuerilla blanca, y se quejaba de cuando en cuando.

— ¿Y de qué padece Vd.? le dijo don Demóstenes.

— Del vejigon, mi caballero. Es una enfermedad que comienza por una ampolla, á veces del tamaño de un cuartillo, y si no se cruza con unas puntadas de seda carmesí, al día siguiente está del tamaño de un real, y al otro día del de una peseta, y al otro día del de un peso fuerte, y así va creciendo hasta que le da la vuelta al tobillo ó á la planta del pié. Es enfermedad de la tierra caliente. Gracias al señor cura, que me vino á ver el mártir y me dejó remedios y me regaló con qué comprar unas velas y media libra de azúcar.

— ¿Y qué remedio le dió?

— Me dejó unos papelititos con unos polvitos para tomar en una cucharada de agua, uno todos los días, y me dijo que me bañara con el agua del bejuco que llaman agraz. Pero como á ratos tengo que caminar, porque ya su merced verá que la pobreza no da campo para estarse una guardada...

— ¿Pobreza? ¿con tierras tan fértiles y exuberantes?

— ¿Y qué hacemos con ellas?

— ¿Cómo qué hacemos con ellas? Descuajar todos estos montes y sembrar plantaciones para la exportación, como café, añil, cacao, algodón y vainilla, y no sembrar maíz exclusivamente, como hacen ustedes.

— Muy bueno sería todo eso; pero la pobreza no nos deja hacer nada, y que como no hay caminos hay se quedaría todo botado; y no es eso solo, sino que los dueños de tierras nos perseguirían. Es bueno que con lo poco que alcanzamos á tener, á medio descuido ya nos están echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo ¿qué sería si nos vieran con labranzas de añil, de café y de todo eso?

— ¿Dígame Vd., señora, todos los arrendatarios están tan miserables como usted?

— Hay algunos que tienen un palito de platanal, y hasta el completo de seis bestiecitas; pero esos viven en guerra abierta con los pairones, porque no habiendo documento de arriendo, el dueño de la tierra aprieta por su lado, y el arrendatario trata de escapar al abrigo de los montes, del secreto y de la astucia. La primera obligación es ir al trabajo el arrendatario, ó mandar al hijo ó á la hija; y los que se van hallando con platica se tratan de escapar mandando un jornalero, que no sirve de nada, y de esto resultan los pleitos, que son eternos. Mi comadre Estefanía y mi madrina Patricia son tan pobres como yo y padecen como si fueran esclavas. ¿No conoce Vd. á Rosa? pregúntele Vd. lo que es ser arrendataria, cuando la vaya á visitar.

— No obstante, un gobierno libre da protección...

— ¡Bonita protección! A mi hermanito le cogieron en el mercado para recluta, y murió lleno de piojos en el hospital; y las contribuciones que no vagan, ya del cabildo, ya del gobierno grande de Bogotá. Muy buena me parece la protección. Y esta pata que me duele que es un primor. ¡Madre mía y señora de la Salud!

— ¿No hay educación gratuita en el distrito?

— No sé qué será lo que su merced dice.

— La escuela, la enseñanza pública.

— El señor cura es el que enseña á siete muchachos en la casa; pero yo tendré mucho cuidado de que no me vaya á coger el menorcito, porque es el que desyerba, y el que *loreá* cuando se enferma la hermana. Y que un pobre lo que gana con aprender á leer es que lo planten de juez y lo frieguen los gamonales.

A este tiempo dieron las gallinas un revoloteo en el barzal, se aparecieron asustadas, y la estanciera dejó ir á los aires este grito con todas sus fuerzas:

— ¡Uuuuupi, uuuuupi!

— ¿Qué significa la palabra *upi*, que no la he visto yo en ninguno de los diccionarios?

— Como las gallinas se asustan cuando sienten al animal...

— ¿Qué animal?

— El huron, el tigrillo y el ulamá, que todos comen gallina, y ya no vale ponerles trampa, porque están resabiados.

El que espantó las gallinas fué el cura, abriendo la puerta de talanqueras del lado de la senda, y no dilató en presentarse en el patio diciendo: ¡Ave María! El, como se ha visto, había desistido de acompañar á don Demóstenes.

— Adelante, señor cura, que por aquí estoy yo, le contestó este.

— Me alegro infinito; pero extraño que Vd. hubiese venido á dar por estos lados.

— Perdido, señor cura, perdido.

— ¿Con un baquiano tan selecto? En eso hay algo de incomprendible. Y bien ¿qué halló Vd. de particular en su correría de la montaña?

— Plantas preciosas, señor cura. Vea Vd. la zarzaparrilla, la castaña, el zapote de monte y el incienso; además dos pavas y un zambito. Ayacucho, pase Vd. acá. ¿No ve Vd., señor cura, con qué inocencia tan angelical se ha acomodado en las lanas de Ayacucho, en lugar del regazo de la madre? ¡Pobre criatura! Yo soy el verdugo de su madre; pero eso sí, allá en el monte hice mi protesta de abolir la pena de muerte para los zambos. ¡Qué hermosa semejanza la de una madre mujer y una madre zamba! Yo he llorado de lástima, señor cura.

— Ahora veremos cómo anda la casera de males.

— Bien, con la ayuda de Dios y los remedios del señor cura, respondió Melchora con admirable tranquilidad.

— ¿Y qué ha habido de mi empeño?

— Que se lo he dicho varias veces, y se ha hecho el sordo. A mí me parece que él no está por esas.

— Pues entonces hay que separarse.

— También es trabajoso, señor cura; porque ya su merced verá que él es el que roza y desyerba, y pone sus lazos para adquirir la carnicita.

— Pero la salvación del alma está primero que todo, Dios no falta con su misericordia, ni la tierra de la Nueva Granada se niega á sustentar al que tiene manos. Y que yo no encuentro obstáculo ninguno para este matrimonio. ¿Qué ha dicho de lo que le propuse el otro día?

— Dice que ya pasaron esos tiempos en que no era libre un hombre para vivir con una mujer cualquiera, y que para eso ahí están viviendo juntos muchos solteros en la parroquia, y que así como así, ni la justicia ni el cura le pueden quitar su libertad.

— ¡Hola! ¿Conque ya las doctrinas de Tadeo alcanzan hasta la última choza de la montaña? Porque Tadeo es el que les predica esas doctrinas, y don Leocadio algunas veces. Dígame Vd. á Dimas que hable conmigo, que yo volveré el jueves, y Vd. haga todo empeño á ver si se casan en este mes; hágalo Vd. en bien de la familia, para que se eduquen esos muchachos con alguna regularidad y no resulten perjudiciales al Estado y á las mismas haciendas; porque Vd. habrá reparado que de estas uniones civiles de los trapiches y las estancias no resultan sino uno ó dos muchachos enfermizos, para cuya educación no ayudan los padres; hágalo por la familia, *ñuá* Melchora.

— ¿Pero qué familia? el cura será, porque los dos mocetones, Calistro y Depomuceno, ya no arriman aquí á la casa, porque su vida es en los trapiches en la semana, y en los gastos los domingos y lunes.

— Y así andan por ahí todos los mocetones, desde doce años para arriba; y cuando rompen una maza del trapiche, ó matan una mula, ó quemán una falca, entonces se pasa el de la gracia á otro, llevando por certificado de buena conducta un garrote de guayacan, un tiple y una mujer, y como están escasos los peones, el amo de la tierra lo recibe con los brazos abiertos; y no hay peones porque los mismos dueños de tierras desacreditan el matrimonio y la doctrina cristiana en que se sostiene, pagando los domingos hasta el medio día para que los peones no puedan ir á misa.

— Y por lo que es Pia, esa es harina de otro costal, siguió diciendo Melchora, y de buena sangre ahí donde la vea sus mercedes, que si no fuera porque le hicieron el perjuicio los amos de hacerla ir á dormir al trapiche, otro gallo le cantara, porque estaba poniéndose linda como una flor; pero sería que ya le convenía á la pobre de mi hija. Hoy está que no tiene sino una sola mudita de ropa, y el negrito no tiene sino la mera camisita que le regaló su madrina, y hasta enfermo se halla de una enfermedad que padecía ese vagamundo de Pablo, que allá dicen que está en Ambalema con la Angarilla, y no ha sido para mandarle ni una peseta á la pobre de la muchacha. Y yo le quería preguntar á mi amo, dijo á don Demóstenes, si la libertad se perjudicaría mucho con que los jueces lo obligaran á mandarle siquiera cuatro reales cada mes á la pobre, pues de aquí á la ciudad de Ambalema no hay sino tres días, y vienen correos todas las semanas á la cabecera del cantón.

— Sería muy justo, dijo don Demóstenes: en los Estados Unidos esa clase de travesuras y aun menores, se pagan demasiado caro, y en el juicio sumario, la declaración de la misma joven burlada vale por tres ó cuatro testigos: allá se estima el honor de la familia mucho mas que en esta tierra. ¡Buenos chascos se han llevado algunos traviesos de Sur América!

— Allá hay sanción moral, dijo el cura. ¿Y bien, doña Maria Melchora, qué le dijo Pia de la confesión?

— Que le da mucha vergüenza, porque ya está tan grande, y no se ha confesado nunca, y también que lo poco que sabía del rezo ya se le está olvidando.

— Dígame que repase la doctrina, y que se anime: la confesión es un precepto de la Iglesia, y Vd. no se debe descuidar en estas cosas; ¿ó cree Vd. que su hija se hará mala por confesarse? ¿Le dije á Vd. que fuese mala cuando se confesaba conmigo, ó cuando escuchaba mis pláticas los domingos?

— Tiene razón, mi señor doctor; yo le ofrezco que si él se anima á casarse por fin, las cosas de la familia se irán reformando: haga todo empeño, señor cura. Lo que tiene es que estamos tan pobres...

— Yo le hago el casamiento de balde, y le doy algo de plata para los gastos.

— Me suscribo en cuatro pesos, añadió don Demóstenes.

— Nos iremos, dijo el cura, porque son las cinco de la tarde, y nos coge la noche.

— Hace luna, y llevan un buen baquiano; aunque hoy se le mojaron los papeles, según parece; bien es que se le habrá mejorado el talento de los caminos y sendas con el fresco de la tarde. ¡Que mi Dios y Señor me los lleve con bien, y que vuelvan á vernos! dijo Melchora, dándoles mil agradecimientos á los dos amigos de la humanidad.

Emprendieron estos la bajada, echando á la ban-guardia al baquiano y á José, y al monito, cargado en Ayacucho, á la retaguardia.

— Los caminos son muy parecidos á los ríos, dijo el señor cura: el de la estancia del botundo, que viene desde el pié de la Peña hasta donde suele ir ñor Dimas á sacar quina y zarza y á cazar osos, pasa por la choza, yendo á dar á la parroquia y de allí va á dar á Bogotá, juntándose á esta vena otras sendas y caminos. En este

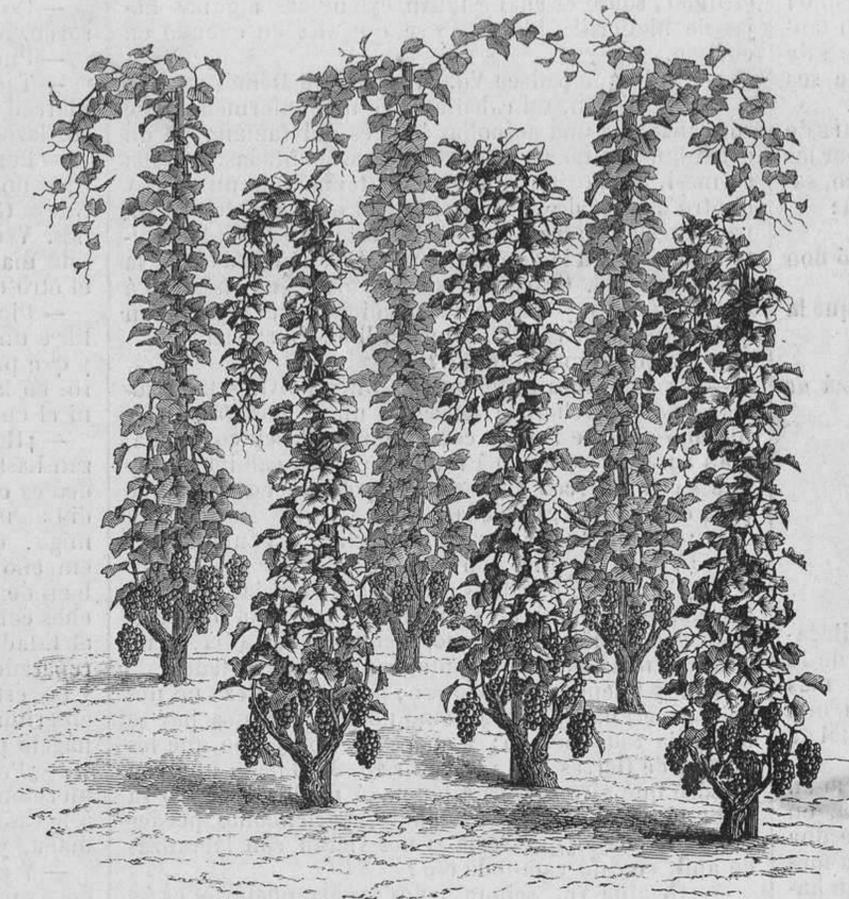
mismo orden están las arterias de la civilización, de modo que nosotros hemos llegado á dar con la última vena, en la casa del ciudadano Dimas, que es la última del distrito parroquial por ese lado. Hemos visto cómo comienza el ramal ó la corriente de la humana civilización: Vd. habrá notado la falta de artes y de industria, la penuria de la choza de un ciudadano granadino, guarida semejante al conuco de un salvaje de Opon, que es cuanto puede decirse.

— Pero, señor cura; yo ví un hacha y un machete; pero esto mismo es un descrédito para las luces del siglo XIX, porque yo pienso que una familia de panches no estaría peor alhajada sin haber conocido el hierro.

— Y en cuanto á las ideas morales, ¿qué me dice usted?

— No sé qué decirle. A mí me parece que han saltado en la casa de Dimas una valla que no se pasa sino con el mucho roce de la civilización. No hay matrimonio, no hay confesion, no hay rezo: se han dado muchos pasos hácia la abolición de la teocracia, que es donde termina la ilustración del mundo.

— Aquí tiene Vd. un problema social de grandes trascendencias. ¿Ganará ó perderá la sociedad granadina con tener la mayor parte de las familias parecidas á la del ciudadano Dimas? ¿Está la familia del ciudadano Dimas muy ilustrada, ó se halla mas bien en el estado de salvajismo? ¿Han adelantado en ilustración las gentes de esta parroquia todo lo que debieran en los cincuenta y seis años de independencia?



Cultivo y poda de la viña en Amberieux.

Las ramas de un cura, que ese mismo día había caído sobre el camino, habían detenido á la vanguardia, y llegando el cura, preguntó al ciudadano Elías:

— ¿Quién taparía el camino?

— Fue, seguramente, mi compadre Dimas; porque yo había dejado señalada una buena vieja colmena de gallinazas, y él le pegó el corte al palo por manducársela; pero no le hace, que arrieros somos y en el camino nos toparemos. Hoy me colgó también de la pata; pero esa se la tengo apuntada en mi librito.

— ¿No sabrá el ciudadano Dimas que los caminos son públicos? dijo don Demóstenes.

— Está muy ilustrado, dijo el cura, y ha sido dos veces cabildante; pero me parece que está muy lejos de saber y de respetar los mas simples deberes de los ciudadanos de una República.

— ¿Y las leyes de policía? preguntó don Demóstenes.

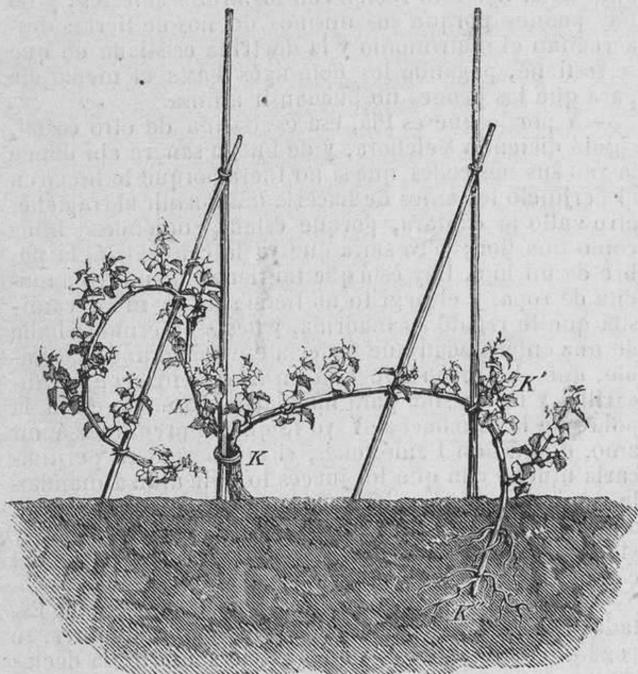
— Aquí no hay mas leyes que los mandatos del dueño de tierras; porque si él quiere, le manda á Dimas que venga y pique las ramas y las haga para un lado del camino, amenazándolo con echarlo de la tierra, si no lo hace, y por la picardía lo hace trabajar una semana, pagándole, se entiende sus jornales.

— ¿Feudalismo! ¿Feudalismo!

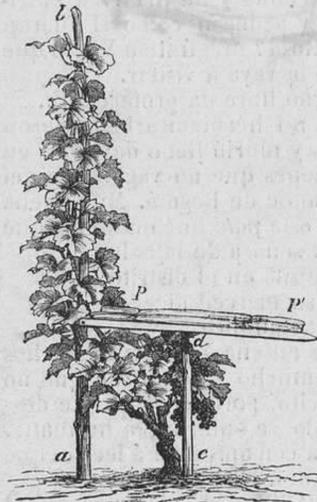
— Pero va ve Vd. la ventaja; y que don Cosme es liberal.

— Pues es un señor feudal liberal, como creo que hay algunos en el distrito.

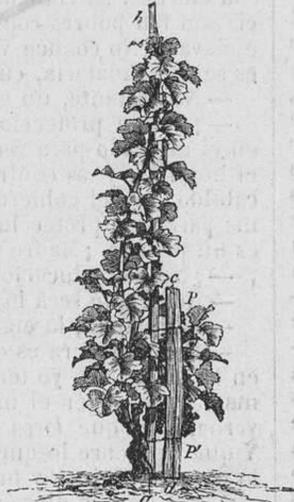
— Pues ya verá Vd. cómo mañana está destapado el camino, y si el alcalde lo toma



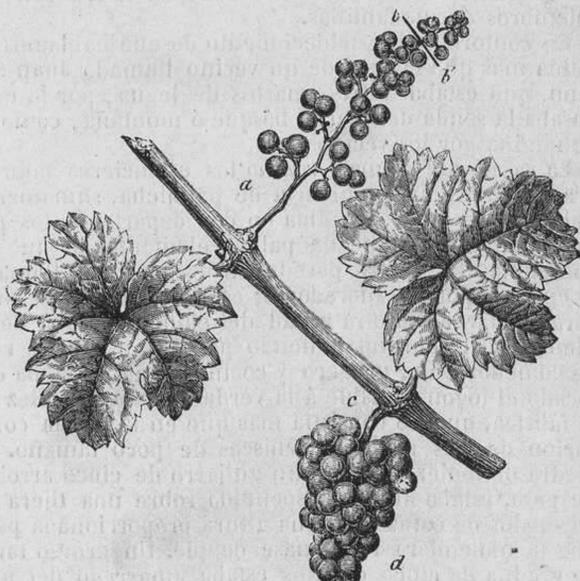
La forma del doble arco (Puy-de-Dôme).



Cepa de viña con la estera protectora tendida contra las heladas.



Cepa de viña con la estera protectora derecha.



Buenos efectos del sistema Guyot en el volumen y calidad de la uva.

por su cuenta, en la calificación de los testigos, en la preexistencia de un hacha, porque esta es la práctica de la parroquia, y al fin de todo, el que sale ganando tres ó cuatro pesos es don Tadeo, que dirige el asunto por la autoridad suprema de gamonal de la parroquia.

(Se continuará.)

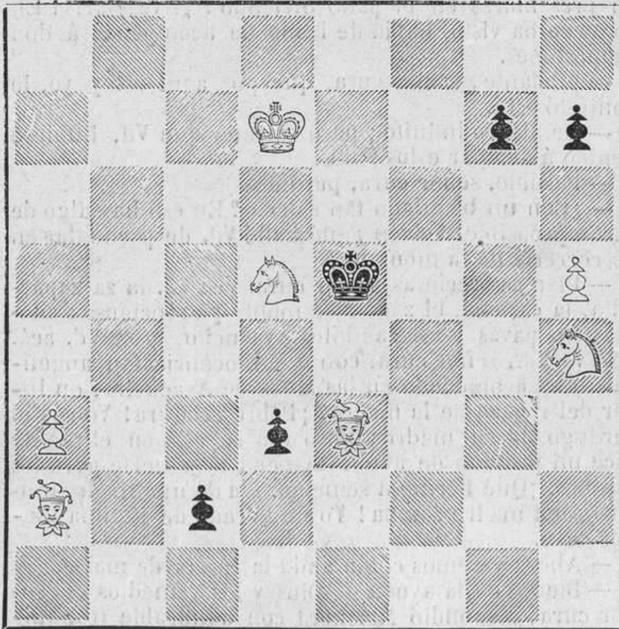
El cultivo de la viña en Francia.

En 1861 M. Rouher, ministro de la Agricultura y del Comercio, comprendiendo los servicios hechos al país por los trabajos del doctor Guyot sobre el cultivo de la viña, concibió el proyecto de extender á toda Francia estos beneficios y confió al inteligente publicista una misión de estudio y enseñanza vitícolas. Esta misión continuada bajo los ministerios que han sucedido al de M. Rouher, se halla hoy terminada, habiendo llevado á todos los centros donde la viña prospera en Francia la luz y el progreso. Los resultados de la misión han sido los siguientes: fructuosas expediciones á todos los departamentos vinícolas, difusión de los mejores procedimientos de cultivo y de producción, conferencias multiplicadas por todas partes, informes enviados al ministro, impresos cuidadosamente y distribuidos á los hacendados, y finalmente, una publicación que puede llamarse un monumento llamado á la ciencia vitícola francesa. Esta enseñanza ha esparcido en el país una suma considerable de fructuosos conocimientos. Cuando se piensa que el producto de los viñedos de Francia pasa de mil y quinientos millones y que su cultivo proporciona trabajo á siete millones seiscientos mil ha-

Problemas de ajedrez (1)

PROBLEMA NÚMERO 279, POR M. BAYERSDORFER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

bitantes; que con el fomento que da al comercio, la viña representa una producción y un consumo de mas de dos mil millones, y que la superficie que ocupa en el territorio francés (dos millones cuatrocientas cuarenta y cinco mil hectáreas), es igual á la décima parte del territorio cultivable, se aprecia todo lo que este cultivo influye en el aumento de la riqueza pública de Francia.

El cultivo de la viña se ha quedado casi en el estado primitivo en varias regiones del país. La tradición, ó mejor dicho, la ciega rutina, es aun la regla de muchos viñadores; y por esto es de desear que las sanas lecciones de los hombres que han conservado en la memoria los preceptos del doctor Guyot, penetren en los campos y venzan esa fuerza de inercia que se opone al desarrollo de todo progreso. Con buenas doctrinas de cultivo y bien practicadas, la producción doblaría en pocos años. Los dibujos que acompañan á estas líneas demuestran algunas de las formas que se da á la viña y varios de los sistemas mejores de cultivo que M. Guyot recomienda á los viñadores. G. A.

(1) Solucion del número 278.

- 1 A 1ª ARª C 6ª C ó 5ª A
- 2 T 5ª Rª jaque Cualquiera
- 3 Rª ó A jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil